

## RESEÑA DE LIBROS

### I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

*Ley de las Doce Tablas*. Edición y traducción de ANTONIO RUIZ CASTELLANOS. Bibliotheca Latina. Madrid, Ediciones Clásicas, 1992, 147 pp.

La *Lex XII tabularum*, el primer corpus normativo escrito que se conoce en Occidente, es un punto inexcusable de referencia para juristas, historiadores y filólogos clásicos. Promulgada a mediados del s. V a. C., surge en el marco de un proceso de reformas en la República romana encaminado a un cierto reconocimiento de los derechos de los plebeyos y a la limitación del poder de los magistrados mediante la consignación escrita y pública de las leyes.

Sin embargo, hasta el momento carecíamos incomprensiblemente de una edición con traducción castellana, laguna que Ruiz Castellanos intenta colmar acertadamente en este libro, surgido con el deseo de ofrecer un instrumento sólido para adentrarse en la *Lex* desde las distintas vertientes implicadas. La organización del volumen contribuye oportunamente a ello: tras una breve presentación de F. J. Lomas Salmonte, el libro se distribuye en tres grandes partes: una amplia introducción, la edición del texto latino confrontado con la traducción de la *Lex*, y un comentario centrado principalmente en los aspectos jurídicos de la misma.

La introducción (pp. 1-53) pasa inicialmente revista al contexto histórico en que se fragua este corpus legislativo, objeto de múltiples controversias, al objeto de fijar la secuencia de los acontecimientos y discernir los hechos reales de los figurados o literarios fruto de inserciones o reinterpretaciones posteriores. La *Lex* tiene la unidad de un código y algunos rasgos primitivos de cultura revelan que la fecha de creación es verdadera. El autor apuesta razonablemente por el carácter originario de la ley, fundamentalmente en las formas procesales y en los preceptos relacionados con la propiedad (p. 9).

A continuación se aborda una cuestión central: la autenticidad e integridad de la reconstrucción que hoy es posible hacer de la *Lex*, habida cuenta de que sólo se ha conservado a través de fuentes posteriores. El texto fue objeto de modificaciones para su utilización por la jurisprudencia o su aplicación escolar o en la práctica judicial, dado que constituyó el núcleo del sistema legal romano hasta época avanzada, aunque no llegara a conformar un código completo. Estos factores resultan fundamentales para ponderar la antigüedad de la ley, cuyos fragmentos pueden en muchos casos responder al sentido originario y conservar el vocabulario primitivo, si bien en otros niveles lingüísticos no cabe duda de que se ha visto afectada por la evolución de la lengua.

Por ello es especialmente interesante el capítulo dedicado a las características lingüísticas de un texto cuya redacción se remonta al s. V a. C., pero que ha sufrido evidentes procesos de modernización que el autor intenta deslindar con precisión merced a la comparación con la lengua de las inscripciones contemporáneas. La pertinencia de este estudio resulta a nuestro entender fundamental para la valoración de los datos lingüísticos suministrados por este texto, que además se reconstruye a través de un grupo muy heterogéneo de fuentes. Para terminar este apartado, se describen los fenómenos arcaicos comunes con otros textos legales, ofreciendo un panorama muy preciso de las principales características de la lengua jurídica latina. Unas precisiones sobre los criterios seguidos en la edición, las fuentes principales, las convenciones gráficas y una exhaustiva bibliografía cierran la introducción, a la que sólo cabe señalar alguna vacilación en la transcripción («decemvirato», p. 3, l. 23, y «decenvirato», en la línea siguiente), y algunas erratas sin mayor trascendencia (*duocedim* por *duodecim*, p. 9, l. 8; «se la supone» por «se le supone», p. 19, l. 14; «restituir» por «restituir», p. 25, l. 22).

La edición del texto sigue básicamente la ordenación de la decisiva obra de Dirksen, distinguiendo con claridad lo que parece corresponder a referencias textuales de lo que son comentarios y paráfrasis, con un aparato de fuentes y un aparato crítico de variantes bastante completo. En cuanto a la traducción, prima en general un estilo correcto y ajustado al original, y podría haberse ofrecido también para los *fragmenta incertae sedis* (pp. 98-99).

El comentario de la *Lex* (pp. 101-137) analiza pormenorizadamente los principales conceptos y vocablos desde la perspectiva jurídica y también ofrece indicaciones sobre la interpretación fonética, morfológica y sintáctica de distintas palabras. Un *Index uerborum* cierra el volumen, en el cual habría sido quizá oportuno incluir todas las formas de un pronombre personal dentro de la misma entrada y no en entradas distintas, como ocurre con *se* (p. 145) y *sibi* (p. 146); el orden alfabético estricto se sigue escrupulosamente, pero los pronombres relativo, indefinido e interrogativo se incluyen en un único lema, que comienza por la forma *qua* e incluye posteriormente la forma de dativo *cui* (p. 145).

Trabajo en cualquier caso espléndido, sin duda más completo y, desde el punto de vista filológico, mucho más preciso que la edición posterior de C. Rascón y J. M. García (*Ley de las XII tablas*, Tecnos, Madrid 1993), cuya única ventaja es ofrecer el texto y la traducción del *Comentario de Gayo a la Ley de las Doce Tablas*. El libro de Ruiz Castellanos abre, en definitiva, una perspectiva brillante para el trabajo interdisciplinar en el ámbito de los textos legales romanos, que servirá indudablemente de referencia para estudios posteriores.

ANTONIO MORENO HERNÁNDEZ

FILODEMO.—*Testimonianze su Socrate*. Edizione, traduzione e commento a cura di EDUARDO ACOSTA MÉNDEZ e ANNA ANGELI. Nápoles, Bibliopolis, 1992, 408 pp.

Este volumen, que ha sido galardonado con el premio Theodor Mommsen (Premio Internacional de Papirología Herculanaense) de 1992, llena una laguna bibliográfica y es una obra de gran empeño filológico. No sólo da una edición original, basada en el estudio directo de los papiros, de los pasajes de Filodemo en que se ocupa de Sócrates, sino que ésta se acompaña de una traducción italiana y un muy detenido comentario filológico y filosófico. Y, además, una muy útil introducción estudia toda la crítica epicúrea de Sócrates.

Ésta había sido objeto de atención por parte de Kleve, pero nunca de un estudio tan minucioso. Esta crítica es de Epicuro, Metrodoro, Idomeneo, Colotes, Polícrates, Zenón de Sidón y, finalmente, de Filodemo, aparte de otros autores que se rastrean. Es realmente

interesante este estudio, bien llevado, para conocer la historia interna del epicureísmo e incluso del estoicismo. Quizá hubiera sido útil editar también los fragmentos (más bien testimonios sobre ellos) de estos autores.

Naturalmente, es la crítica de Filodemo sobre Sócrates la que es estudiada con más detalle. En términos generales continúa a la crítica anterior, en otra medida es nueva.

Hay que decir que el Sócrates criticado por los epicúreos es el de la tradición que heredan y es más o menos auténtico según los casos. En cierta medida, es el de Platón (temas de su muerte, de la consulta del oráculo, etc.) y el de Jenofonte (tema de la economía), pero con más frecuencia el Sócrates de Arcesilao, condenado como escéptico por no prestar atención al testimonio de los sentidos. La verdad es que esta polémica tiene más interés para el conocimiento de la escuela epicúrea (en relación con los dioses, el conocimiento, la dialéctica, etc.) que para el de Sócrates: sobre éste los epicúreos no añaden nada nuevo que pueda aumentar nuestras seguridades o resolver nuestras dudas.

En esta introducción y en el estudio minucioso de los fragmentos editados, los autores hacen gala de muy buen conocimiento de los papiros herculanenses, de la filosofía epicúrea (y la helenística en general) y de buen *acumen* filológico, además. Sus conclusiones a partir de textos muy difíciles son casi siempre aceptables. Cuando resulta una imagen borrosa, por ejemplo, en lo relativo a la valoración, ya positiva, ya negativa, de Sócrates en su muerte por Filodemo, ello se debe seguramente a las vacilaciones del filósofo epicúreo. Otras veces la polémica antisocrática es más bien banal, como la relativa a la soberbia y la ironía, pero también esto añade a nuestro conocimiento de los que la hacen.

La duda que a veces surge desde el punto de vista del que está preferentemente interesado por la filosofía socrática, como es el caso del autor de esta reseña, es la de si realmente merecía la pena editar ciertos fragmentos que aportan poca cosa no ya sobre Sócrates, sino incluso sobre el juicio de los epicúreos. Por ejemplo, un fragmento como el 3, en que el nombre de Sócrates aparece en un ejemplo en el que podría sustituirle otro cualquiera; o el 5, donde se habla simplemente de que Sócrates atribuye sus ideas a Aspasia o Iscómaco.

En verdad, estos testimonios dan de Sócrates una idea bastante pobre y más bien desenfocada. Pero son buenos testimonios, a partir de la crítica antisocrática, sobre la escuela epicúrea. Su presentación en este libro, con todo el aparato erudito necesario, es una buena aportación al estudio de los debates internos de las escuelas filosóficas helenísticas, la epicúrea en primer término. Y al conocimiento de Filodemo.

FRANCISCO R. ADRADOS

FERNÁNDEZ MARCOS, N., y J. R. BUSTO SAIZ.—*El texto antioqueno de la Biblia griega*, II. 1-2 Reyes. Textos y Estudios «Cardenal Cisneros» de la Biblia Políglota Matritense, 53. Madrid, Instituto de Filología del CSIC, 1992, LXXI + 166 pp.

Este volumen continúa la edición del texto antioqueno de la Biblia griega, cuyo primer volumen sobre 1-2 Samuel apareció en 1989.

La constatación de la existencia de un texto antioqueno perfectamente definido en los libros históricos de la Biblia griega fue la razón que motivó a los autores a iniciar la edición crítica de estos libros aislando un tipo textual cuyo valor ya reconocieron los estudiosos del siglo XIX y hoy se ha visto incrementado a la luz de los nuevos textos hebreos de Qumrán y del pluralismo textual detectado en los libros de *Samuel-Reyes*. Por este motivo, consideramos que la aparición de este segundo volumen es una buena noticia para la comunidad científica del ámbito bíblico.

Se inicia el volumen con una amplia introducción donde se estudian y se valoran críticamente los manuscritos utilizados (19 108 82 93 127 Z 700 según el catálogo de Rahlfs), las citas bíblicas de Teodoreto y una excelente selección de testimonios indirectos que apoyan en diferente medida, según los casos, el texto antioqueno (se analizan en este apartado los fragmentos de Qumrán de *1-2 Reyes*, las citas bíblicas de Flavio Josefo, de los Padres antioquenos y los manuscritos y citas patrísticas de *Vetus Latina*).

La edición se basa en una nueva colocación y estudio de los siete manuscritos antes mencionados que son los testigos del texto antioqueno de *1-2 Reyes*. Las dos ediciones anteriores del texto antioqueno de *1-2 Reyes*, la *Políglota Complutense* y la edición de Lagarde, tenían notorias limitaciones de tal manera que, en el caso de la *Políglota Complutense*, la utilización de un solo manuscrito, el 108, no posibilitaba la restauración del texto antioqueno genuino, y, en el caso de la edición de Lagarde, el valor crítico de los distintos testimonios no estaba en ocasiones suficientemente sopesado y el autor omitía el aparato crítico de variantes que podría servir de control para la historia del texto. Por este motivo, podemos decir que por primera vez se edita el texto antioqueno de *1-2 Reyes* basado en la totalidad de los testigos y con unos criterios de control para la restauración del texto tales que garantizan el valor crítico del texto que se edita y posibilitan que la historia de su transmisión quede decisivamente iluminada.

En efecto, la ponderación del valor de las diferentes lecturas se apoya en los criterios internos al uso y se completa además con el estudio del estilo y comportamiento de cada manuscrito a lo largo de *1-2 Reyes* cuya síntesis se ofrece en la introducción a la edición. Por otro lado, el testimonio del texto bíblico de Teodoreto (según la edición de los mismos autores: *Theodoretii Cyrensis Quaestiones in Reges et Paralipomena. Editio critica*, Madrid 1984) se utiliza como control externo para la evaluación de las distintas variantes (para advertir la importancia de este testigo baste recordar que su texto bíblico es al menos un siglo anterior al texto del único uncial con que se cuenta, el manuscrito Z). Con estos controles se ofrece la edición, elaborada con un gran rigor científico, de un texto que pretende ser un fiel reflejo del texto bíblico leído en la zona de Antioquía en el s. IV d. C.

Dos aparatos críticos acompañan a la edición del texto. En el primer aparato, negativo, se ofrecen las variantes de los manuscritos cotejados y del texto de Teodoreto. En el segundo aparato se recogen las lecturas de los testimonios indirectos (cf. *supra*) que secundan el texto antioqueno presentadas en un contexto que las haga inteligibles.

Para la elaboración de este segundo aparato se han incorporado los resultados de las nuevas ediciones críticas, aparecidas hasta el momento, de los autores antioquenos: Teodoro de Mopsuesta, Asterio Sofista, Diodoro de Tarso y Juan Crisóstomo. En cuanto al material de *Vetus Latina* las aportaciones son especialmente importantes respecto a las anteriores ediciones, ya que se han tenido en cuenta las recientes ediciones del *Palimpsesto Vindobonense* y de Lucífero de Cagliari. Especialmente, en relación a los textos de *Vetus Latina* de las glosas marginales, hay que destacar los nuevos capítulos de glosas descubiertos por A. Moreno Hernández que se han podido incorporar a esta edición tomados de la reciente edición de este autor: *Las glosas marginales de Vetus Latina en las Biblias Vulgatas españolas: 1-2 Reyes*, Madrid 1992.

El segundo aparato de testimonios permite al lector comprobar el grado de difusión e influjo del texto antioqueno en la tradición grecolatina. Pero, además, a través de dos testigos de singular importancia de este aparato, Josefo y el material de *Vetus Latina*, se puede obtener luz para decidir qué parte de la tradición debe remontarse a un estadio protoluciánico. En efecto, dada la antigüedad de estos testimonios, el texto que ofrecen puede provenir de un texto protoluciánico cuyas lecturas sólo se explican recurriendo a un texto hebreo diferente del *textus receptus*.

Además de los valores que esta edición tiene en el campo de la crítica textual hay que destacar también la importancia que tiene para el campo de la lexicografía griega, pues recupera un gran número de palabras que faltan en los léxicos y concordancias hasta ahora publicados, en especial en los de *Septuaginta*.

CIRIACA MORANO

ISIDORVS HISPALENSIS.—*De differentiis*, I. Introducción, edición crítica, traducción y notas por CARMEN CODOÑER. París, Les Belles Lettres, 1992, 538 pp.

Por fin, después de un largo tiempo de espera, como ocurre con casi todos los textos que va publicando la meritoria colección «Auteurs Latins du Moyen Âge», le ha llegado el turno al libro I de las *Diferencias* de Isidoro de Sevilla (llamado generalmente *De differentiis uerborum*), editado por la Dra. Carmen Codoñer, con revisión de los Dres. Manuel Díaz y Jacques Fontaine.

El aval de tales firmas basta para garantizar la calidad del trabajo: una edición crítica impecable, precedida de un cuidadoso análisis de los manuscritos y una historia de la tradición (que lleva a modificar la estructura y distribución de los lemas —no alfabética, como se había editado erróneamente con anterioridad, sino temática, como era más esperable del sentido «didáctico» que evidencia en general el trabajo del autor—), junto con valiosas observaciones sobre ortografía, morfología, sintaxis, léxico y fuentes; lo completan y enriquecen abundantes notas, índices y apéndices (que recogen la correspondencia de los lemas con los de la edición de Arévalo y los que no incluye de ésta por considerarlos añadidos posteriores a Isidoro, los repetidos en *V* y *S*, o en *V* o *S*, y unas tablas de equivalencias). Acompaña al texto una ajustada versión castellana.

No es necesario insistir en que esta edición permite avanzar considerablemente en el conocimiento cabal de una obra cuya autenticidad se admite hoy sin disputa y que alcanzó considerable difusión (así, la autora, para fijar el texto, ha debido manejar un buen número de códices, escritos entre los siglos VIII y XVI), de la tarea divulgadora de Isidoro y de sus métodos de trabajo, inalterados en lo esencial a lo largo de su vida, como se deduce del cotejo con los estudios ya aparecidos o en curso sobre otras obras, de manera especial las *Etimologías* (la última, frente a una de las primeras).

No obstante, siempre hay observaciones —aquí de detalle y poco importantes, por cierto— que a uno le parecen de interés para mejorar, si cabe, el trabajo, y está por ello obligado a apuntarlas, al menos, en una reseña. Comencemos por la introducción: dejando a un lado el debatido asunto de la ortografía (respecto a la cual, de todos modos, vamos unos y otros acercando posturas), encuentro algún punto discutible en la parte dedicada a la morfología: de entrada, no me parece argumento suficiente para no respetar la unanimidad de los manuscritos en *peccati*, «nom. plural (88)», «la existencia en el mismo lema de *peccatum*, singular nominativo» (p. 17), pues en estas obras que Isidoro realiza acumulando noticias tomadas de aquí y de allá puede incurrir en descuidos de ese tipo (y así sucede a veces de hecho), sobre todo tratándose de un neutro, cuyo plural se ha «masculinizado»; pero es que además no veo problema en interpretarlo como genitivo, dependiendo, en paralelo con *iniquitatis*, de *differentiae* (por cierto que a eso parece responder la traducción: «y otros tantos [*scil.* “tipos”] los de *peccatum*»); para *arbitrem*, lectura «común a los mejores manuscritos, que hacen pensar en una asimilación a la tercera (334)» (igualmente p. 17), tal vez convenga añadir que aquí la habría favorecido, como ocurre en otras ocasiones, la presencia del vocablo que le sigue: *inter arbitrem et iudicem*.

Al final de ese apartado (pp. 20-21) se incluyen los «usos» (ninguna observación relativa a la «flexión» como dice el epígrafe introductorio en la página anterior) de los pronombres; y, aunque las omisiones son una opción, se echa de menos, en un epígrafe como digo dedicado a la «flexión», alguna referencia, por ejemplo, a la tendencia de Isidoro a escribir *ipsud* que, como apuntábamos en otro lugar, parece su forma preferida —aquí aparece regularmente *ipsum*, pero se lee con *-d* (o *-t*) al menos en los códices cuyas variantes ortográficas recoge expresamente la editora: *VPM* (cf. p. 80)—. En cuanto a los «usos», cuando se habla de la casi imposibilidad de distinguir entre *is* e *hic*, tras haber aludido a la escasa presencia de aquél y, por tanto, al predominio de éste (aunque en determinadas circunstancias parece lo contrario: ver el lema 84, con *eis* por *his* de la fuente), probablemente vendrían bien algunas palabras acerca del giro *id est* (por cierto, unas veces seguido y otras no, sin que alcance a ver la razón, de coma en la edición), donde se da, como era de esperar, la inversa, pero aparece también alguna vez *hoc*.

Excelente la edición del texto y su aparato crítico (aunque inevitablemente se escapan pequeños fallos como el de reseñar las variantes del mencionado *ipsum* mediante *-ut*, *-ud* en 143 ó 159, pero sólo *-t*, *-d* en 193). Respecto a la versión al español, sólo detalles, todavía más discutibles en este apartado tan resbaladizo: por ejemplo, me parece preferible traducir *prudencia* (19) y *prudens* (36) por 'sensatez' y 'sensato', sobre todo si tenemos en cuenta que el propio autor relaciona este último con la percepción a través de los sentidos (de donde el tardío *sensatus*); o bien, puesto que lo definido no debe entrar en la definición e Isidoro se atiene a ello en 362, cabría traducir *crassus* la primera vez como 'craso' o 'mantecoso' y dejar tal cual la explicación (donde por cierto *grassus* es una errata).

En fin, estas observaciones, y otras que el espacio concedido no permite recoger, únicamente sirven como muestra de la riqueza de sugerencias que provoca un excelente trabajo como sin duda es el que nos ocupa.

MIGUEL RODRÍGUEZ-PANTOJA

## II. LINGÜÍSTICA

MEID, WOLFGANG.—*Die erste Botorrita-Inschrift. Interpretation eines keltiberischen Sprachdenkmals*. Innsbruck 1993, 132 pp. más láminas.

Nos hallamos ante el último intento de interpretación de la primera inscripción de Botorrita. Parte de los estudios de Eska (1982) y Eichner (1989), a los que añade cosas de otros autores (entre ellos Tovar, De Hoz y Villar), pero lleva más lejos la interpretación. Aunque pienso que es criticable que el autor descarte, sin más, toda la bibliografía anterior.

El estudio está presentado en forma muy clara y accesible. Tras un «Vorwort» y una «Einleitung» sobre las características epigráficas del texto, siguen unas «Textkritische Bemerkungen», que introducen una serie de mejoras en la lectura. Éstas son aprovechadas, naturalmente, en la nueva edición que presenta. Y en la «Interpretation», iniciada con una edición simplificada en que se admiten ciertas decisiones convencionales, se numeran las palabras para facilitar el estudio y se divide el texto en unidades de sentido.

Tras esto sigue (p. 34 ss.) la «Interpretation», unidad a unidad. Pienso que esa división en unidades de sentido, estudiada una a una, es la innovación más decisiva para la interpretación. Salvo las unidades primera y última, que presentan el texto y lo promulgan, respectivamente, las demás (con una excepción al final de la unidad II) constan de una oración subordinada, generalmente relativa, seguida de una principal que suele ser de tipo

exhortativo o prohibitivo; a veces hay una complejidad mayor. En definitiva, nos hallamos ante una *lex sacra* relativa a un dominio consagrado a dos dioses y cuyo uso regulan representantes de las tribus convecinas. Se trata ya de prohibiciones acompañadas de penalizaciones o multas, ya de regulaciones sobre las posibilidades de uso.

Pienso que, en términos generales, la interpretación es ajustada a nuestro conocimiento actual. Meid no fuerza los textos y da lo seguro como seguro, lo dudoso como dudoso; y renuncia a largas polémicas. Hay luego una «Schlussbetrachtung» en la página 75 y un glosario, en que se discuten una a una las palabras con más extensión de lo que puede hacerse en el texto interpretativo principal. Una larga bibliografía, unas fotografías de la inscripción y un dibujo de la misma cierran el libro.

Éste significa un avance en la interpretación de un texto tan importante; sin desvalorizar, por ello, trabajos anteriores en que se adelantan muchas de las conclusiones.

Pero, naturalmente, esto no significa que hayamos de estar de acuerdo con todo; ni el autor lo pretende. En la parte morfológica a mí me resulta dudosa la interpretación de diversas formas verbales con \*-e/o (¿indicativos? ¿subjuntivos?) y con \*-se (¿subjuntivos? ¿futuros?). Tengo también dudas sobre la interpretación de diversas formas derivadas del relativo *io-* y de varias partículas o adverbios; que *aleités...irés* tenga que ver con gr. ἀληθές... ἱερός (ἰρός) me resulta dudoso de por sí y porque no se ve clara la morfología (y menos si en la segunda palabra hay un \*r = qs).

Y dudo o tengo propuestas nuevas sobre la interpretación de la línea inicial y la de *taunei, aréstalo, neito, ailam, ampitíseti, auseti* y varias palabras más. Sobre la organización de toda la inscripción y sobre su significado general creo que también se puede avanzar más.

Por ello, después de leer el libro me he decidido a escribir un artículo en el que hago algunas propuestas que pueden, pienso, hacer avanzar el tema.

Pero el libro está lleno de hallazgos en lo relativo a la sintaxis, al sentido general de las oraciones y a la interpretación de los verbos, sobre todo; la parquedad bibliográfica hace difícil ver a veces, por lo demás, quién es el autor de las interpretaciones. Es absolutamente imprescindible, para el trabajo sobre el texto a que se refiere y sobre el Celtibérico en general.

FRANCISCO R. ADRADOS

SOLIN, H.—*Namenpaare. Eine Studie zur römischen Namengebung*. Societas Scientiarum Fennica, Commentationes Humanarum Litterarum, 90. Helsinki 1992, 92 pp.

En este libro H. Solin hace unas declaraciones generales sobre la motivación en la elección de nombres de pila en la sociedad romana. El tema más en concreto es: las parejas de nombres y hasta qué punto los nombres de hermanos famosos del tipo *Castor-Pollux* o parejas semejantes de personas o de objetos son transferidos de dos en dos en la onomástica cotidiana a niños o esclavos. Para el trabajo presente ha examinado minuciosamente el material onomástico de la ciudad de Roma, por completo, mientras que las inscripciones de Italia y de las provincias no han sido extractadas de forma sistemática y sólo han sido consultadas como material de comparación (capítulo I: «Introducción»).

En el capítulo II da comienzo al trabajo con los nombres mitológicos. Las únicas parejas de nombres que se han difundido en la onomástica antigua de personas —exceptuando la de los Boréadas— son los nombres de los Dioscuros, los hijos gemelos de Zeus y Antíope, los Dioscuros «tebanos» (*Amphio* y *Zhetus*, *Castor* y *Pollux*, *Zetes* y *Calais*). De los nombres *Apollo* y *Artemis* sólo se encuentra un ejemplo (¿libertos?). En el caso de nombres de figuras de parientes mitológicos se encuentran *Lucifer* y *Hesper*, *Oceanus* y *Galatia*, *Eu-*

*terpe* (madre) y *Musa* (su hija), *Erato* y *Terpsicore* (esclavas de la misma servidumbre). Parece extraño que los héroes de la *Eneida* no hayan dejado huellas profundas en la onomástica romana. El nombre de Eneas no aparece utilizado ni una sola vez. Tampoco los romanos unían a su onomástica ciertos *cognomina*, formados a partir de epítetos variados de la divinidad (madre *Pallas*, hija *Athenais*; *M. Seruilius Apollonius*, liberto, *M. Seruilius Phoebus*, su ex amo). Nunca se atestiguan juntos nombres de dioses griegos con sus correspondientes latinos en miembros distintos de la familia, a excepción de *Aphrodisius* y *Veneriosa* (matrimonio). Los nombres de dioses han sido apenas usados metonímicamente como nombres de personas (excepciones: *Paniscus* de *Pan*, *Saturninus* de *Saturnus*). *Eros* y *Hermes* fueron nombres frecuentes de esclavos en Roma. Las traducciones latinas de los nombres de dioses griegos aparecen en época más tardía: *Mercurius*, *Venus*, *Victoria*, *Spes*, *Demetrius*, *Cerialis*. De vez en cuando se han independizado de su originario de tal manera que se puede encontrar un nombre de mujer junto al nombre auténtico del dios (*Mercurius-Mercuria*). La traducción de nombres mitológicos, otorgada como nombre a otros miembros de la familia, no fue muy frecuente en la onomástica romana (excepciones: *Herculeus-Heracles*, *Mercurius* y *mercator*, *Veneria* (madre) y *Venustus* (hijo); *Venusta* (madre) y *Veneria* (hija).

En el capítulo III la autora trata los nombres de personajes históricos. Los nombres de mandatarios de las dinastías helenísticas, en la onomástica griega y en la romana fueron nombres de moda (*Antigonus*, *Antiochus*, *Seleucus*, por separado y en parejas *Alexander*, padre y su hija *Olimpias*; *Philippus*, padre y *Alexander*, hijo; *Alexander* y *Philippus*, hermanos; padre *Macedo* e hijo *Philippus*; *Stratonice* y *Antiochus* aparecen en la misma familia de esclavos. En la esfera de la historia del pensamiento se hallan los nombres de *Laches* y *Gorgias* juntos, como libertos; *Catullus* y *Lesbia* son amantes en una inscripción moderna. En la onomástica cristiana, en inscripciones del s. III, están atestiguados los nombres de los apóstoles *Petrus* y *Paulus* como hermanos o como padre e hijo. Las citas se prodigan en Roma, sobre todo en el s. III, como pareja de nombres; todos los nombres bíblicos fueron populares en Roma (*Maria*, *Io(h)annes*, *Susanna*) pero exceptuando éstos, la antigüedad cristiana no conoce apenas parejas famosas (sólo *Kosmas* y *Damianos*).

La autora en el capítulo IV se ocupa de los nombres geográficos. Atestiguados los nombres de dos gemelas: *Ortygia* y *Arethusa*. Como topónimos auténticos se han transmitido *cognomina* de tres generaciones: abuelo *Rhenus*, padre *Euphrates*, hijos *Crescens*, *Rhenus* y *Danuuius*; por separado *Tigris* y *Orontes*; los nombres étnicos aparecen muy rara vez en parejas: madre *Romana*, hija *Latina*; dos hermanos esclavos *Macedo* y *Lucana*; tres parientes próximos se llamaban *Ligurius*, *Italicus* y *Delicus*; *Imbrasus* e *Iasus*, tío y sobrino; *Asia-Asiaticus*, madre e hijo, *Gallus* ex amo del liberto *Galata*; padre *Romanus*, hijo *Romulus*, hija *Romula* y madre *Auentina*.

En el capítulo V, la autora aborda las parejas de palabras como *cognomina*, no muy frecuentes en la onomástica romana (*Asylus* e *Hierus*, dos esclavos gemelos). Hay atestiguados nombres en pareja de un apelativo griego con su traducción latina: padre *Lycus*, hijo *Lupus*, hermanos *Didymus* y *Geminus*.

En el capítulo VI habla más concretamente de los nombres de gemelos. Entre las citas conservadas las parejas de nombres están en minoría: *Amphio-Zethus*, *Zetes-Calais*, *Ortygia-Arethusa*, *Asylus-Hierus*. La mayoría de los nombres no tienen nada que ver entre sí, ni por el significado ni fonéticamente: *Terpsis* y *Apate*, *Chreste* y *Amabilis*, *Asia-Asiaticus*, *Rhode* y *Rhodope* (parecido fonético), *Geminus-Gemellus* (los hermanos gemelos han recibido las dos denominaciones de gemelos como nombres); *Thelxis-Chelys*: elegidos por el parecido fonético, la onomatopeya es muy adecuada para su profesión de cantantes; en

*Amphio-Zethus* y *Castor-Pollux* se presta atención al orden alfabético; en los gemelos muertos jóvenes se puede suponer que el primero denominado era el mayor.

En el capítulo VII concluye la autora haciendo un resumen sobre las tendencias generales en la elección de nombres. Por las fuentes principales, las inscripciones funerarias, se puede constatar que dominó una gran libertad. Los hijos recibían sus nombres de la tradición familiar, de los padres o de los abuelos. El influjo de las ideas religiosas, nacionales o sentimientos comunes regionales desempeñaron un papel importante. Los nombres de las divinidades o de políticos fueron numerosos, pero también se otorgaron nombres sin un motivo claro, sino que se elegirían al azar nombres populares, usuales que gustaban a los padres. En el caso de *Didymus* y *Gemellus* se trata de una traducción técnica exacta. Los nombres de animales produjeron la misma clase de uniones (*Vrsus-Lupus*) y nombres relacionados con el aspecto corporal (hermanos *Capito* y *Fronto*). Los nombres con denominaciones de abstractos se pueden encontrar fácilmente juntos (madre *Facultas*, hija *Voluptas*). En el parecido fonético se basa la pareja *Magnus-Maximus*. En otros casos el padre lleva el nombre latino y el hijo el griego (*Pacatus-Irenaeus*, *Vincentius-Nicasius*). Era normal que el padre (posiblemente liberto) con un cognomen griego eligiera otro latino «más respetable» para su hijo (*Lycus-Lupus*, *Geron-Senecio*, *Helpis-Spes*).

Como conclusión: la adjudicación de nombres por parejas fue siempre en Roma un uso raro. Esta tradición aparece especialmente en la onomástica de esclavos. Se trata de una innovación romana. Procedía de los representantes de los intelectuales de la clase superior, de romanos cultos, dueños de esclavos. Esta tradición parece haber sido usual en la ciudad de Roma y desde allí fueron influidas las demás religiones.

Al final acompañan al libro unos útiles índices de 1) nombres de personas, 2) nombres geográficos, 3) divinidades y figuras mitológicas, 4) personalidades históricas, 5) citas de autores, inscripciones y papiros, 6) autores modernos, 7) cosas.

Debo añadir que, a mi juicio, no se trata de una obra de divulgación sino un estudio sobre los nombres de pila romanos, de gran interés para los filólogos, con unas notas suplementarias aclaratorias, en las que la autora añade citas que faltan en otro libro suyo, hace críticas y correcciones a otros editores (p. 77, nota 233), critica el *CIL* (p. 65, nota 193, y p. 76, nota 228) y ofrece la aportación de una extensa bibliografía, que abre nuevos caminos y da luz al estudio de este interesante tema, aunque la autora debería evitar algunas repeticiones innecesarias. Es conveniente resaltar la cuidada impresión del libro, así como las excelentes reproducciones de textos del *CIL* que se adjuntan a la magnífica edición.

GLORIA SEDEÑO MOMBIEDRO

### III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

GARCÍA QUINTELA, MARCO V.—*El rey melancólico. Antropología de los fragmentos de Heráclito*. Madrid, Taurus, 1992, 298 pp.

El volumen que comentamos propone una lectura «heterodoxa» de la obra de Heráclito. La exégesis que de los fragmentos del efesio nos brinda M. V. García Quintela se encuentra en un espacio intermedio entre la historia de las mentalidades —la que desde hace ya ciertas décadas viene siendo practicada por diversos historiadores— y la historia filosófica de la filosofía, tal como desde antaño viene siendo realizada por los cultores de esa ciencia.

El estudioso, antes de considerar los fragmentos del filósofo, se ocupa muy bien en destacar que Heráclito era sacerdote de determinado culto religioso, que procedía de una

familia prestigiosa vinculada con el poder político y que, presumiblemente a causa de estar aquejado de *μελαγχολία* —según apunta D. Laercio—, renunció a la realeza por lo que G. Quintela lo llama «el rey dimisionario».

Este trabajo no sólo es un minucioso análisis de los fragmentos heraclíteos —observados bajo la lente de un historiador de la antigüedad clásica—, sino también el punto de partida —y, en rigor, fundamento— de una «historia histórica de la filosofía».

En efecto, según revela el autor, su propósito apunta a «romper con la historia de la filosofía tal como se practica habitualmente entre los filósofos profesionales a partir de Hegel» —y que G. Quintela denomina «historia filosófica de la filosofía»— y a sustentar, en cambio, la necesidad de una «historia histórica de la filosofía». Si bien el modelo de exégesis propuesto por el estudioso registra antecedentes en algunos autores —así, por ej., en A. R. Burn o S. Mazzarino, entre los más significativos, o bien en la escuela de los clasicistas de Cambridge que aúnan los logros de la filología clásica con los de la antropología, el mérito de G. Quintela es haberlos aplicado con exclusividad al estudio de los fragmentos de Heráclito.

Su investigación, en tanto que interdisciplinar, ofrece una visión más amplia y realista del efesio que la que estábamos acostumbrados a conocer a través de las historias de la filosofía más frecuentes. Lo de amplia se explica por la lente omniabarcante del estudioso; lo de realista en la medida en que G. Quintela no olvida situar al personaje en un marco peculiar como pudo haberlo sido el de la Éfeso de los siglos VI y V a. C., una ciudad situada entre Oriente y Occidente. De ese modo, al analizar el ámbito histórico en el que actuó el filósofo, no olvida tener en cuenta especialmente la privilegiada situación de la familia de Heráclito, la circunstancia de que en Éfeso, debido a su ubicación geográfica, se produjo un sincretismo entre las mentalidades persa y griega —por lo que Éfeso devino una «ciudad ambidextra»— y, entre otras circunstancias, por la presencia de diversos cultos religiosos procedentes de variados panteones.

El ensayo está vertebrado en seis capítulos. Los dos primeros abordan la relación entre «filosofía y sociedad en la Grecia arcaica»; en ellos se señala la necesidad de abordar el estudio de tal o cual filosofía sin prescindir del marco social del que ha emergido y que, de alguna manera, la determina.

En ese orden se ocupa en considerar la ciudad de Éfeso desde su fundación hasta mediados del siglo VI a. C. Atento a los relatos del imaginario colectivo de ese pueblo, refiere que los primitivos habitantes —los léleges— se agruparon en torno a un santuario llamado más tarde de la Ártemis efesia. A éste se añaden el de Atenea, debido al heleno Androclo —colonizador de Jonia— y los templos de Deméter y de Apolo Pitio, según consignan otras versiones; de ese modo explica que en Éfeso griegos, lidios y persas participan de diversos panteones politeístas. Refiere luego cómo en esa ciudad lo religioso ocupa un sitio singular vinculado con el poder. Se añade a ello el influjo de los reyes lidios sobre los efesios, que G. Quintela investiga sobre la base de los sistemas de parentesco delineados por L. Gernet.

En ese marco complejo sitúa a la familia de Heráclito, linaje que intenta reconstruir a partir del «retrato psicológico» que del filósofo nos brinda D. Laercio (IX 2), así como de los fragmentos del propio filósofo.

En el primer caso se insiste en su renuncia a legislar para los efesios y en su retiro, ya a las montañas, ya al templo de Ártemis, refiriendo que esto último comportaba una iniciación religiosa.

En segundo lugar, aduce la circunstancia de que Heráclito era un melancólico, lo que —a la luz de lo planteado en los *Problemas* pseudoaristotélicos (cf. XXX 1)— lo predisponía a una inestabilidad en su comportamiento y a una tendencia a la locura, hechos que

explican su paulatino alejamiento del sacerdocio de Deméter y su acercamiento al de Ártemis —con las connotaciones políticas que ello implicaba—, sus permanentes renunciaciones y, principalmente, el hecho de que abdicara de ser rey (cf. pp. 56-60).

Otro de los aspectos abordados atañe a situar los fragmentos de Heráclito en el tránsito que va de la oralidad a la escritura, mostrando las dos tesis en pugna: la que sustenta el predominio oral de esos fragmentos y la que, *contrario sensu*, pretende reconstruir el «libro» de Heráclito.

G. Quintela aúna ambas hipótesis partiendo del hecho de que Heráclito era un importante sacerdote en la ciudad —procedente de una familia de prestigio— y habría concitado la atención del público especialmente a partir de su renuncia al poder; por tanto, su palabra gozaba de especial atención entre la audiencia.

En los dos capítulos siguientes analiza diversos aspectos de la «historia histórica de la filosofía» a partir de los fragmentos heraclíteos. De ese modo son motivo de análisis, entre otros, «el λόγος entre hombres y dioses» (pp. 69-74), la guerra, la justicia y la ley.

Los dos últimos capítulos —«Entre la religión y la teología: el verdadero hombre» y «Heráclito entre Irán y Platón»— no sólo nos alertan del perfil religioso del pensamiento del efesio —que el autor entiende a pesar de lo escaso de los fragmentos supérstites—, sino que señalan el rol decisivo de las lucubraciones de carácter teológico y el influjo que éstas pudieron despertar en Platón.

En todos los casos el autor funda sus apreciaciones en los textos del filósofo. En los casos de textos muy escuetos cuyo sentido es oscuro precisamente a causa del estado fragmentario, las «ausencias» de aquél se suplen merced al versado conocimiento histórico del autor, aun cuando en algunos casos pueda discreparse respecto de las exégesis propuestas.

Para comodidad del lector el estudioso añade una traducción de los fragmentos de Heráclito, que ordena según la clásica numeración de Diels-Kranz seguida, entre paréntesis, de la propuesta por Marcovich.

Enriquecen el volumen abundante bibliografía y un índice de palabras.

HUGO FRANCISCO BAUZÁ

BRASWELL, BRUCE KARL.—*A Commentary on Pindar Nemean One. With an Iconographical Appendix* by JEAN-MARC MORET. Fribourg, Switzerland, University Press, 1992, 132 pp. + 8 láminas.

El autor del espléndido comentario a la *Pítica* IV aparecido en 1988 en la editorial W. de Gruyter, convertido con toda justicia en una utilísima obra de referencia, nos obsequia ahora con esta nueva muestra de su buen hacer filológico, a la que seguirá un comentario a la otra oda dedicada a Cromio de Siracusa, la *Nemea* IX. Luchador infatigable (y eficaz) contra los excesos interpretativos en los análisis de la obra pindárica (esa «overinterpretation which continues to bedevil Pindaric criticism», p. 82), B. nos ofrece un ejemplo de precisión, sobriedad y rigor en el comentario, así como soluciones brillantes (a veces por su propia sencillez) a las dificultades generalmente reconocidas en este poema.

La obra se divide en: un prólogo (pp. 7-8); un análisis métrico (pp. 11-12), escueto, pero correcto e inteligente (sin descuidar la relación forma-contenido); una sinopsis de las lecturas discrepantes (p. 13) de las ediciones de Snell-Maehler (2 casos) y Turyn (5 casos); texto y traducción (pp. 14-23), en la que resalta la precisión y economía del lenguaje; el comentario propiamente dicho (pp. 25-82), que va precedido de una serie de precisiones sobre datación, la «carrera» personal de Cromio y la composición de la oda; sigue luego

el citado «Apéndice iconográfico» de M. (pp. 83-90); una abundante bibliografía con distinción de obras citadas (pp. 91-106) y no citadas, pero susceptibles de ampliar la información del comentario (pp. 106-116); un índice general de los *lemmata* comentados (pp. 117-122); otro de pasajes (pp. 123-131) y las láminas que ilustran la contribución de M.

Las dos discrepancias con el texto de Snell-Maehler son: en el v. 39 se prefiere la forma de femenino βασιλεα (de Heyne, en vez de βασιλέα, de Boeckh; βασιλεία codd.), sufijación con algún paralelo pindárico (cf. defensa *ad loc.*); en el v. 66 se vuelve a la lectura de los códices φᾶσέ νιν δώσειν (en vez de φᾶ ἐ δώσειν), decisión que compartimos (cf. nuestra traducción, Madrid, Cátedra, 1988, p. 244).

El comentario sigue la estructuración (inobjetable) de la oda, con la virtud general de conducimos perfectamente por la secuencia de ideas del poema, cuya coherencia queda del todo demostrada: vv. 1-6 «Invocación de Ortigia», vv. 7-12 «La victoria de Cromio», vv. 13-18 «Alabanza de Sicilia», vv. 19-33 «Alabanza de Cromio» y vv. 33-72 «El mito del nacimiento de Heracles con la profecía de Tiresias sobre sus trabajos futuros y la felicidad final». El propio autor destaca como contribuciones más personales las interpretaciones de los versos 8 ss., 24 ss. y 64 ss. La última está, lógicamente, en relación directa con la lectura ya comentada. En la expresión (v. 8) ἀρχαὶ βέβληνται θεῶν κείνου σὺν ἀνδρὸς δαίμονιας ἀρεταῖς (tr. «Its foundations» [sc. del canto y, en última instancia, de la victoria] «have been laid by the gods through that man's divine deeds of prowess») se defiende el valor «ablativo» del genitivo θεῶν (que aquí se considera «prácticamente instrumental»). El polémico pasaje (24 s.) λέλογχε δὲ μεμφομένοις ἔσλους ὕδωρ καπνῶ φέρειν / ἀντίον se vierte como «and he has obtained his victory as his portion to carry against those who blame the noble like water against smoke», es decir, habría que sobreentender una referencia a la victoria, un αὐτά que enlazara con el valor que el autor da a καλά en el v. 20: en nuestra opinión la dificultad en este caso es la distancia respecto al supuesto referente y el hecho de que el contexto más inmediato (en que se ponen de relieve las virtudes hospitalarias del *laudandus* con mención del poeta en primera persona -ἔσταν, v. 19) apoye una inclusión del propio Píndaro entre los ἔσλοί, lo cual va más en favor o bien de la interpretación de ἔσλους como complemento de λέλογχε o bien, por lo menos, de no tener que suponer αὐτά (es decir: alternativa 1. «a él le han correspondido nobles amigos para hacer frente a los que le critican, [cual] agua contra el humo» o bien, en la línea propuesta por B., 2. «ha obtenido [como remedio], contra los que critican a los nobles, llevar agua contra el humo»; nos parece preferible la primera).

Con independencia de la aceptación que puedan tener las propuestas del autor, es una característica de todo el comentario la solidez y contundencia en la argumentación, sin caer en lo pretencioso. De especial interés nos han parecido algunas observaciones que inciden en temas tratados por el autor de estas líneas. Está muy bien vista la relación del comienzo de la oda con la tradición oracular sobre la fundación de Siracusa (pp. 32-33), aunque hay un extremo en que B. parece incurrir en una contradicción: por un lado se sugiere («more likely», *ad* ἄμπνευμα, p. 33) que es Píndaro quien puede haber influido en el autor del oráculo (en nuestra opinión, no auténtico) núm. 2 Parke-Wormell (donde aparece la expresión Ἄλφειοῦ στόμα βλύζει, cf. v. 1, ἄμπνευμα σεμνόν Ἄλφειοῦ) y no al revés, pero más abajo (*ad* Ἄλφειοῦ, p. 33) no se descarta la posible mayor antigüedad del oráculo («might be earlier than Pindar»). En cualquier caso, si bien el oráculo presenta demasiados rasgos «sospechosos» (cf. nuestro artículo «Gli oracoli relativi alla colonizzazione della Sicilia e della Magna Grecia», en prensa en *QUCC*) sólo puede afirmarse que no puede datarse en la época de la colonización y, por tanto, puede ser efectivamente anterior a la *Nemea* I.

Muy interesante es también el análisis del mito y de su función. Con la prudencia ya indicada, B. se limita a hacer hincapié en el paralelo de los *curricula* del vencedor, Cromio

(cuyo retrato como «grand seigneur» ha quedado perfilado en la parte anterior de la oda) y del héroe del mito, Heracles. Se distinguen bien en esta parte entre las características del relato del episodio de las serpientes y las predicciones de Tiresias sobre el futuro del héroe, que sintetizan en gradación su futura carrera. Su valoración de la función de la profecía en el texto poético nos parece muy acertada (p. 56; cf. nuestras reflexiones en *Kernos* 3, 1990, pp. 347-358, en concreto p. 351); a la bibliografía señalada por el autor sobre el μάντις nos permitimos añadir P. Roth, *Mantis: The Nature, Function, and Status of a Greek Prophetic Type*, Diss. Bryn Mawr College, Pennsylvania, 1982.

Por último queremos destacar la breve, pero sustanciosa, contribución de B. a la polémica sobre el carácter monódico o coral de los epinicios pindáricos (de la que puede verse referencia precisa y un completo elenco bibliográfico en p. 47), materializada en su interpretación y traducción del participio μελπόμενος del v. 20 «I celebrate... with song and dance» (subrayado por el propio autor en p. 47). En efecto, el singular *per se* (en los poemas pindáricos) no es ninguna indicación de que estemos ante un canto monódico ni tampoco implica que el poeta tenga que estar presente, ideas ambas bien defendidas por B. y que compartimos plenamente.

En resumen, un comentario útil y de gran nivel, que hace esperar con interés las sucesivas contribuciones del autor.

EMILIO SUÁREZ DE LA TORRE

LLOYD, MICHAEL.—*The agon in Euripides*. Oxford, Clarendon Press, 1992, VII + 145 pp.

La monografía de M. Lloyd, con base en una tesis doctoral más reducida —en la que se analizaban sólo los *agones* de *Alcestis*, *Electra* y *Troyanas*—, se inserta dentro de esa sólida línea de investigación de la tragedia griega que tiene que ver con el estudio de los diversos elementos formales que la constituyen; elementos sancionados por la tradición, pero que, en manos de cada poeta, fueron evolucionando para dar expresión a las necesidades particulares del artista.

El que tenemos delante contiene, como ocurre con frecuencia, una primera parte general, seguida de una serie de capítulos dedicados al análisis de *agones* concretos: los de tragedias tempranas, como *Alcestis*, *Medea*, *Hipólito* y *Andrómaca*; *Electra*, que revela ya la utilización de una argumentación retórica sin la proyección etopoética de obras anteriores; los debates políticos de *Heraclidas*, *Suplicantes* y *Fenicias*; dos *agones*, el de *Hécuba* y *Troyanas*, que, aun teniendo rasgos comunes entre sí, apuntan hacia etapas distintas de creación de Eurípides; y, finalmente, el *agón*, de *Orestes*.

La parte general incide en dos de las cuestiones más críticas que plantea el estudio del *agón*; por un lado, la relativa a su definición, por otro, a la relación de Eurípides con la retórica, que pondrían en evidencia sobre todo los discursos del *agón*.

Por lo que se refiere a la primera, una definición de los rasgos de formalidad que distinguen el intercambio ordinario de los personajes —en la tragedia, proclives a acentuar las situaciones de conflicto en que se encuentran—, del debate organizado que recibe el nombre tradicional de escena de *agón*, puede parecer más fácil en el caso precisamente de Eurípides, por ser en él donde la escena ha alcanzado un mayor grado de tipificación. Al formalismo de Eurípides se acoge precisamente M. Lloyd para dar una definición estricta de *agón*, que permita entender ciertas variaciones en términos de desviaciones de la norma, desviaciones que, por otro lado, el autor considera no son fáciles de poner bajo un denominador común. De todo ello resulta una relación de trece escenas —reconocidas generalmente como *agones*—, que ponen de manifiesto la naturaleza del *agón* en Eurípides.

Los rasgos de definición recogidos por Lloyd incluyen observaciones interesantes. Así, es sabido que el distintivo central del *agón* son los dos discursos principales enfrentados, de notable simetría, separados por los dos o tres trimetros yámbicos del corifeo, junto a la presencia de elementos subsidiarios de varios tipos, que Lloyd señala tienden claramente a la regularidad más en la conclusión del debate que en su introducción. El *agón* en Eurípides tiende, además, a constituir una escena independiente, un episodio o casi un episodio en algunos casos, viniendo a resaltar su formalidad las indicaciones que el poeta suele dar sobre su próximo desarrollo o el uso de una terminología agonística (como ἄγών, ἄμιλλα λόγων, que no son, subraya Lloyd, términos técnicos con una connotación específicamente teatral, ya que pueden designar debates formales que no son *agones* en el sentido estricto definido por el autor), pero estas dos últimas marcas raramente coinciden.

Estructuras formales recurrentes de este tipo son menos evidentes en Sófocles, que tiende a favorecer un estilo de desarrollo de la acción más fluido y continuo, mientras que en Esquilo hay ciertos diálogos de confrontación y argumentación, pero ni siquiera en la escena de juicio de *Euménides* alcanzan los discursos una estructura tan balanceada como la que caracteriza al *agón* de Eurípides.

Es evidente que el concepto tan estricto de *agón* que utiliza Lloyd es operativo desde el punto de vista de la claridad, pero tiene, no obstante, algunos inconvenientes de distinta entidad. En primer lugar, contribuye a resaltar la formalidad que preside el arte de Eurípides, confundida, con frecuencia, con rigidez y manierismo. De hecho, las escenas de *agón* son más variadas en su estructura de lo que un estudio como el de Lloyd puede hacer pensar de entrada —algo que vale no sólo para aquellas excluidas en base al concepto de *agón* que maneja el autor, sino también para las que caen dentro del mismo—. También desde el punto de vista de su función y contenido la escena tiene una incidencia en la acción muy diversa: precisamente a este respecto creemos que un concepto más amplio de *agón* podría resultar de mayor operatividad.

En efecto, la relación de la forma de *agón* con otros elementos dramáticos (sobre todo con la súplica), reconocida ya por H. Strohm (*Euripides. Interpretationen zur dramatischen Form*, Munich 1957), así como su entrecruzamiento con la intriga, el tema del sacrificio voluntario o el refugio en un altar, presta al análisis de este tipo de escenas una profundidad beneficiosa, al situarlo en un contexto más amplio, que ayuda a comprender mejor su función en la obra. Que esto es así se pone de manifiesto en la necesidad de Lloyd de referirse a las escenas de súplica (cercanas al *agón* en su estructura aunque esencialmente distintas en su contenido, en su opinión), a las denominadas por él ἐπιδείξεις (cuando un personaje hace un largo discurso en respuesta a un comportamiento o propuesta provocativa, pero donde falta esa oposición simétrica de los dos discursos), u otras calificadas de «near-*agones*», escenas frente a las que es frecuente una discrepancia de interpretación entre los filólogos. Ello pone en evidencia que se parta de un criterio estricto de definición, como el de Lloyd u otros próximos a él, o de otro más amplio, como el de J. Duchemin (*L'ἄγών dans la tragédie grecque*, París 1945), tantas veces citado en la bibliografía (de la que Lloyd revela un buen conocimiento); estamos ante un campo amplio, el del debate formal —tan bien adaptado a esa faceta básica del comportamiento griego que R. G. A. Buxton (*Persuasion in Greek Tragedy*, Cambridge 1982) define con el término πειθῶ—, que hace precisas unas referencias amplias. Por eso decíamos antes que la definición de *agón* podía parecer más fácil en el caso de Eurípides, cuando, en realidad, conflictos verbales de un tipo más o menos formal fueron un distintivo de la vida griega desde época temprana, acentuado sin duda en la Atenas contemporánea de este poeta. Con esto venimos a la segunda cuestión crítica señalada al principio.

En efecto, la influencia que la retórica debió de ejercer sobre él se ha dado por sentada desde siempre, y a finales del siglo pasado algunos trabajos, como los de M. Lechner (*De Euripide rhetorum discipulo*, Ansbach 1874) o J. T. Lees (Δικανικὸς λόγος in *Euripides*, Diss. Baltimore 1891), se ocuparon de su incidencia sobre la disposición sistemática del discurso, al señalar una división de éste en proemio, prueba y epílogo. Más aún, Th. Miller (*Euripides Rhetoricus*, Diss. Gotinga 1887) creyó poder demostrar que en la base de los discursos de Eurípides, es decir, también en las ῥήσεις del *agón*, subyacía un esquema fijo de composición que podía remontarse a un antecesor perdido de la *Rhetorica ad Alexandrum*. Algunas décadas después, F. Tietze (*Die euripideischen Reden und ihre Bedeutung*, Diss. Breslau 1933) intentaba rebatir las tesis de Miller negando la influencia del γένος δικανικόν —de la retórica siciliana— sobre la forma de construcción de los discursos de Eurípides, que manifestarían una disposición más bien adecuada a la naturaleza y situación de los personajes que los pronuncian.

La sofisticación retórica de Eurípides es algo, sin embargo, sobre lo que apenas se tenía dudas tanto en la Antigüedad como modernamente, aunque sea difícil determinar en casos concretos la extensión precisa de esa influencia, como señala Lloyd (p. 19). Por otro lado, y a pesar de la escala oratoria forense que nos ha llegado contemporánea de Eurípides y de nuestras lagunas en el conocimiento de la teoría y práctica retóricas de época temprana, hemos de pensar que muchos recursos registrados después por la retórica se debieron de ir consolidando gradualmente a partir de modos naturales de expresión propia; e inversamente, que el propio Eurípides debió de contribuir al desarrollo de la misma. En definitiva, Lloyd reclama una nueva prospección en los recursos retóricos del *agón* de Eurípides, que considera habría de centrarse en la disposición de los discursos, su uso de los argumentos de probabilidad, y la medida en que los personajes dan muestras de una conciencia retórica propia.

Con relación a la primera, la tendencia de Eurípides es a estructurar el discurso en torno a una serie de puntos o argumentos cerrados en sí mismos, más que a adoptar la división retórica en cuatro partes, pero el proemio y la propia conciencia del hablante a la hora de hacer un discurso manifiestan con más claridad influencia retórica. Ésta parece que puede sostenerse también en el uso de cierto tipo de argumentos, en particular, los de probabilidad, que debían de estar bastante desarrollados en la época. De ellos se ocupa el autor con cierto detalle y una perspectiva histórica valiosa.

La exposición de Lloyd conjuga con éxito una visión de alcance general —con las necesarias referencias críticas—, junto al análisis concreto de un número considerable de pasajes y escenas. Ya hemos señalado al comienzo cuáles son las obras que analiza en la segunda parte, selección que no es, obviamente, gratuita, porque presupone la constatación de una evolución o de unas tendencias artísticas definidas dentro de la producción total de Eurípides (de una extensión, en términos relativos, notable).

La afirmación de Lloyd relativa a la inexistencia de una evolución lineal —por lo demás, poco habitual en el arte— en el uso del *agón*, u otras relativas a su función en obras pertenecientes a distintos períodos, no hacen sino confirmar las conclusiones a que se ha llegado por otros caminos. Hay, en las obras tempranas, mejor representadas en el conjunto estudiado que las tardías, una relación, al menos en términos amplios, entre la destreza retórica y el carácter del personaje que habla; con la excepción de *Alceste*, son obras en las que resulta obvio quién de los contendientes tiene razón, y la tensión deriva de la incertidumbre sobre si el personaje que suscita simpatía resultará vencedor o no. En torno a la década de 420 (*Electra*, una obra de datación polémica, la sitúa Lloyd entre 420 y 416) Eurípides parece haber respondido con particular rapidez a las influencias de la retórica, y las obras de este período hacen de la destreza en el arte de hablar un tema destacado. En

la época tardía, sin embargo, no es tanto esta destreza en sí misma la que suscita interés cuanto las ideas a las que arropa; la complejidad y la abstracción se abren paso en la argumentación por ambas partes, y *agones* como los de *Troyanas* y *Orestes* revelan una amplia perspectiva en su tratamiento de problemas filosóficos, políticos y religiosos (bien es cierto que el trasfondo literario y retórico de los temas que tratan, la culpa de Helena y Orestes, respectivamente, debía de ser especialmente rico). Pero una obra como *Ifigenia en Áulide* supone una vuelta atrás, a los *agones* de la primera época —en particular, *Alcestris*—, por su concentración sobre puntos de una naturaleza esencialmente personal.

Estas diferencias y contrastes están contrapesados por la continuidad y similitud del *agón* como forma dramática en Eurípides. También su función manifiesta una consistencia clara, de la que Lloyd señala algo, a nuestro entender, fundamental: que su «resultado» raramente repercute en la marcha de la acción; existe en una especie de equilibrio, separado de la secuencia de acontecimientos que constituye la acción de la obra, sin que el poeta conceda importancia a su inhabilidad para influir en la misma. Pues bien, creemos que en ello el uso del *agón* manifiesta la misma finalidad estética que el de otros elementos constructivos recurrentes del poeta (piénsese, por ejemplo, en la utilización persistente del *deus ex machina* como forma de resolución de la tragedia), a saber, acentuar el «contraste» entre un sistema de causalidades fijo, heredado —el del mito—, y otro que ha de derivarse de la propia acción: en este sentido el *agón* constituye un vehículo de mediación «épica» claro en el teatro de Eurípides.

MILAGROS QUIJADA

BARCHIESI, M., A. LA PENNA, G. MAZZOLI y E. NARDUCCI.—*La prosa latina. Forme, autori, problemi*. A cura di FRANCO MONTANARI. Roma, La Nuova Italia Scientifica, 1991, 253 pp.

La forma de organización y ordenamiento de las manifestaciones literarias latinas sigue siendo uno de los principales problemas con que se encuentra la moderna teoría literaria, ante la insuficiencia que parecen destilar las distintas propuestas de categorías y clasificaciones para dar cuenta de la complejidad de las expresiones literarias antiguas, pues, como apunta Kenneth Quinn, «a literary tradition is more than a string of names spread out in the columns of a time chart» (*Texts and Contexts. The Roman Writers and their Audience*, Londres 1979, p. 29).

Este volumen colectivo, auspiciado por Franco Montanari y por «La Nuova Italia Scientifica», intenta aproximarse al estudio de la prosa latina a través de trabajos monográficos de cada género elaborados por especialistas, fórmula que cuenta ya con distintos antecedentes (como el volumen editado por Carmen Codoñer, *Géneros literarios latinos*, Salamanca 1987) y que Montanari había ya emprendido en el volumen dedicado a la poesía (AA.VV., *La poesía. Forme, autori, problemi*, Roma 1991), complementario del que nos ocupa, y en la obra anterior sobre la literatura griega (*Da Omero agli Alessandrini. Problemi e figure della letteratura greca*, Roma 1988).

Montanari insiste en la «Premessa» que abre el volumen (p. 11), en el deseo de alejarse de la manera de proceder de los manuales, más obligados a cumplir exigencias de sistematización y exhaustividad, puesto que el objetivo de este libro es ofrecer una síntesis de los problemas fundamentales de los géneros y autores abordados, centrándose específicamente en la prosa literaria, con una cronología que, al igual que el tomo dedicado a la poesía, abarca desde los orígenes de la literatura latina hasta los ss. II y III d. C. sin entrar en la literatura cristiana.

Esta primera división entre «prosa» y «poesía», seguida de la distribución por géneros dentro de cada volumen, no por ser operativa y en muchos casos eficaz, deja de plantear algunos problemas bien conocidos de desmembración de épocas o autores y de definición o interferencia de géneros (por ejemplo las *Epistulae* de Horacio tal vez requerirían mayor atención en las páginas referidas a la epístola), si bien permite globalmente una mayor penetración en el análisis de la evolución de las distintas modalidades de escritura.

El volumen se articula en cuatro grandes capítulos dedicados, respectivamente, a la historiografía (A. La Penna), la oratoria y la retórica (E. Narducci), la prosa filosófica, científica y epistolar (G. Mazzoli) y la novela (A. Barchiesi). Esta distribución, atinada en líneas generales, resulta algo forzada en el caso del tercer capítulo, al agrupar manifestaciones tan variadas como la prosa filosófica y científica, cuyo devenir histórico y literario sólo se imbrica plenamente en contadas ocasiones.

De otra parte, el hecho de asignar cada capítulo a un especialista redundante en una mayor densidad y hondura en el tratamiento de muchos aspectos, que son abordados habitualmente con sobrada competencia y conocimiento de causa, aunque la intervención de distintos autores puede suscitar, al mismo tiempo, gran diversidad de perspectivas y métodos de análisis, o la falta de un criterio homogéneo en aspectos como la redacción o el tratamiento de las fuentes bibliográficas: así Mazzoli ha optado por un texto que incorpora numerosas citas, frente a Narducci y Barchiesi, los cuales prescinden casi totalmente de referencias o alusiones a otros autores, mientras La Penna recurre al sistema tradicional de notas. Esta disparidad, que habría resultado criticable desde los presupuestos globales de un manual, refleja en este caso la riqueza de propuestas de los autores y la libertad que les ha concedido el editor. Todos ellos incluyen al final de sus capítulos una meditada bibliografía —en algunos casos con comentarios— por temas y autores, que, a pesar de ser amplia, no pretende ser completamente exhaustiva.

A. La Penna, acreditado conocedor del pensamiento histórico latino, comienza el capítulo sobre la historiografía latina (pp. 13-93) adentrándose en la prehistoria del género y en las condiciones que rodearon su aparición, para trazar a continuación un estudio crítico de los métodos narrativos y las concepciones históricas que circularon en los distintos momentos de la mano de los grandes autores desde la época de Lucilio hasta el declive que sucedió a Tácito y Suetonio. Una buena síntesis, quizá en ocasiones excesivamente concentrada, que recoge muchas de las ideas expuestas por el autor en trabajos anteriores y por otros autores en trabajos clásicos, principalmente, de A. D. Leeman, R. Syme, H. Bardon, A. Ronconi y S. Mazzarino. Llamen la atención las pocas páginas dedicadas a César.

En el capítulo consagrado a la oratoria y a la retórica (pp. 95-143), Emanuele Narducci sigue igualmente una ordenación cronológica desde el incierto papel de la elocuencia en la época arcaica y el descubrimiento de la retórica hasta el *Panegyricus* de Plinio el Joven, combinando certeramente las reflexiones sobre el panorama general de estas expresiones literarias en virtud de su peso en la vida política y social de cada momento con el análisis y valoración concreta de las obras y autores de referencia. Particularmente interesante es la exposición sobre la influencia y límites del asianismo en la oratoria y retórica latinas y la tensión con los modelos aticistas. Narducci ofrece una visión pormenorizada de la evolución de estas artes, que quizá podría haberse enriquecido con una mayor presencia de las citas textuales de los pasajes latinos a los que se alude.

Giancarlo Mazzoli es el responsable del capítulo dedicado a «la prosa filosófica, científica, epistolare» (pp. 145-227). Al margen de las interferencias que se dan entre estos ámbitos (¿acaso las *Epistulae* de Séneca no son también una modalidad de prosa filosófica?) o la disparidad entre muchas de sus manifestaciones, la idea de concederles un espacio propio es a todas luces excelente. Destacan sin duda las páginas dedicadas a la búsqueda

de cauces de expresión filosófica y la autonomía relativa que llega a alcanzar la prosa filosófica respecto a otras formas de escritura. Otro tanto cabe decir de las páginas dedicadas a la prosa epistolar, en las cuales se ofrece un ajustado estado de la cuestión sobre los problemas y valoración de las manifestaciones epistolares latinas. Por contra, se observa un cierto desequilibrio en la estructura general del capítulo, ya que frente al esmero con que se ha tratado la prosa filosófica y la epistolar, la exposición sobre la literatura científica resulta extremadamente sucinta y, en la época imperial, limitada en la mayoría de los casos a un breve comentario de cada disciplina, quedando pendiente alguna referencia a la literatura jurídica romana, poco atendida en el capítulo consagrado a la oratoria y a la retórica, así como más detenimiento en una obra de la talla de las *Naturales quaestiones* de Séneca (pp. 194-195).

El último capítulo, dedicado a la novela latina, es obra de Alessandro Barchiesi, autor también del capítulo sobre el «romanzo greco» en el tomo antes citado sobre la literatura griega (p. 341 ss.). Resalta su brevedad (pp. 229-248) y la claridad de su articulación en apartados y subapartados —estos últimos no se utilizan en los capítulos anteriores—. Tras una concisa introducción, se aborda el *Satyricon* de Petronio y los problemas relativos a su autor, datación, título e hipótesis de reconstrucción, así como la técnica narrativa y la tradición literaria de esta novela. De las *Metamorfosis* de Apuleyo se atiende preferentemente a sus fuentes y composición y a los problemas de interpretación. Barchiesi termina subrayando que estas dos obras son el fruto de una experimentación bastante aislada, que requiere un público muy maduro y culturalmente preparado para poder captar sus valores artísticos y la densidad de las alusiones literarias, frente a la mayor accesibilidad de la novela griega. La exposición de Barchiesi, al igual que las restantes contribuciones, como ya apuntamos, adolece quizá de no ofrecer los pasajes concretos de las citas latinas que se mencionan.

Una nueva propuesta, en fin, de aproximación solvente a la literatura latina, con planteamientos rigurosos pero sin grandes novedades, que se sitúa a medio camino entre el estado de la cuestión y el estudio monográfico.

ANTONIO MORENO HERNÁNDEZ

*L'Initiation. L'acquisition d'un savoir ou d'un pouvoir. Le lieu initiatique. Parodies et perspectives.* Actes du Colloque international de Montpellier 11-14 avril 1991. Études rassemblées par ALAIN MOREAU. Montpellier 1992, dos vols., 326 pp. y 318 pp., respectivamente.

Afrontó el coloquio internacional celebrado en la universidad Paul Valéry de Montpellier en abril de 1991, bajo la organización del «Séminaire d'Étude des mentalités antiques (SEMA)», el análisis diacrónico de uno de los conceptos sin duda más ambivalentes, como es el de «iniciación». Por esa razón la organización del congreso limitó los trabajos a tres categorías determinadas: la iniciación de los adolescentes, la iniciación del *mystes* y la iniciación profesional; las tres tienen en común la noción de «paso» que permite abandonar un estado (la infancia, el estado profano, etc.) para alcanzar otro (la adolescencia, misterios greco-orientales, etc.).

El tema no es, sin embargo, novedoso, especialmente si recordamos el viejo trabajo de A. Van Gennep, *Les rites de passage*, París 1909 (= París 1981), al que pronto vinieron a sumarse otros, como los de H. Jeanmaire (*Couroi et Couretès. Essai sur l'éducation spartiate et sur les rites d'adolescence dans l'Antiquité hellénique*, París 1939), Mircea Eliade (*Initiations, rites, sociétés secrètes*, París 1976) o, más recientemente, J. Ries (ed., *Les rites*

*d'initiation*. Actes du colloque de Liège et de Louvain-la-Neuve 20-21 nov. 1984, Lovaina 1986).

El coloquio de Montpellier ofrece, no obstante, al margen de la siempre conveniente actualización del problema, una importante novedad: el estudio de los ritos de paso a través de épocas diversas de la historia. La mayor parte de los trabajos se refieren a la antigüedad pero no faltan otros sobre la época medieval y moderna e incluso uno sobre los ritos iniciáticos en la actualidad.

De los dos volúmenes que recogen las actas del coloquio el I consta de cinco capítulos. El primer capítulo, sobre los ritos arcaicos, consta de los siguientes trabajos: M. Bile, «Les termes relatifs à l'initiation dans les inscriptions crétoises» (estudio a través sobre todo de las inscripciones cretenses sobre la iniciación como etapa para que los jóvenes pudieran integrarse en la sociedad de los adultos, lo que dio lugar a un vocabulario específico, original respecto a otros dialectos griegos); P. Brule, «Fêtes grecques: périodicité et initiations» (con especial atención a las Hiacintias como un modelo más antiguo que las Panateneas de fiesta de integración de los iniciados); B. Sergent, «Celto-hellenica IV: la ruse» (estudio comparativo entre el legendario rey ateniense Melanto y el héroe irlandés Cuchulainn, seguido de un examen sobre la astucia en la educación militar europea); D. Briquel, «Les légendes de fondation latines et l'initiation» (análisis de las leyendas latinas sobre los héroes fundadores de Roma y de Preneste, en ambos casos elaboradas sobre esquemas análogos).

El segundo capítulo está dedicado enteramente a Homero: P. Wathelet, «Rites de passage dans l'Illiade: échecs et réussites»; A. Gartzou-Tatti, «Pâris-Alexandre dans l'Illiade»; A. Moreau, «*Odyssée* XXI, 101-139: l'examen de passage de Télémaque»; E. Scheid-Tissinier, «Les prétendants de l'*Odyssée*, une génération perdue».

Le sigue un tercero sobre ambivalencias y casos particulares: C. Jourdain-Annequin, «À propos d'un rituel pour Iolaos à Agyrion» (sobre un texto de Diodoro IV 24, 1-6 en el que relaciona las ceremonias instituidas por Heracles en Agirión); G. Capdeville, «La jeunesse de Camille» (análisis del texto de Virg., *Aen.* XI 539-584 sobre la infancia y juventud de Camila); C. García Gual, «L'initiation de Daphnis et Chloé» (en las novelas griegas los jóvenes amantes parecen superar numerosos obstáculos, a modo de ritos de paso, para llegar al verdadero fin, el matrimonio, inicio a su vez de una nueva etapa); L. Roux, «Les enfances de Sigismond dans *La vie est un songe*, de Calderón» (la educación del Segismundo de Calderón como contra-iniciación a la luz de los mitos antiguos).

El cuarto —centrado en los misterios dionisiacos— consta de las siguientes colaboraciones: J. Bremmer, «Dionysos travesti»; G. Karsai, «Tirésias dans les *Bacchantes*»; G. Casadio, «Préhistoire de l'initiation dionysiaque»; R. Turcan, «L'élaboration des mystères dionysiaques à l'époque hellénistique et romaine».

Cierra este primer volumen un quinto capítulo —los misterios— configurado por los trabajos de: M. L. Silvestre, «L'initiation comme pratique politique dans les anciennes sociétés grecques selon les philosophes: Héraclite et les mystères d'Éphèse» (examen a través de la obra de Heráclito sobre si la reflexión filosófica en torno al papel de la iniciación en la sociedad griega antigua admite una interpretación que reúna los factores religiosos y políticos); J. Thomas, «L'*Énéide*, récit initiatique» (Virgilio recoge los tres tableros de un tríptico iniciático: el viaje «geográfico» y mítico, el viaje interior y el viaje *post mortem*); G. Freyburger, «L'initiation pythagoricienne dans le livre XV des *Métamorphoses* d'Ovide» (la ambigüedad es una de las características de las *Metamorfosis* de Ovidio pero refleja también la realidad misma del «sacerdote» pitagórico); N. Fick, «La métamorphose initiatique» (estudio de dos metamorfosis del *Lucio* de Apuleyo: la del libro III en la que el héroe se somete a una experiencia mágica y la del libro XI, de carácter iniciático, en la

que Isis le devuelve su condición humana); P. Force, «Place et signification de la *Redditio Symboli* dans l'initiation chrétienne des premiers siècles de l'Église» (sobre la *traditio* y la *redditio symboli* como «rythmes» prebautismales de la iniciación cristiana).

El segundo volumen consta también de otros cinco capítulos y las comunicaciones sobre aspectos del mundo moderno son más abundantes. El capítulo I está dedicado a los profesionales: D. Pralon, «Les travaux d'Héraclès dans l'*Héraclès furieux* d'Euripide» (estudio de la lista de los trabajos de Hércules a la luz de las hipótesis de G. Dumézil, es decir, como aprendizaje e iniciación en la función guerrera); B. Lyapoustine, «Rites de passage dans le monde artisanal à Pompéi» (análisis de los dos tipos de producción artesanal romana: el de la *familia* y el de la *ciuitas*); F. Graf, «Comment devenir magicien? Le rituel d'initiation magique gréco-égyptien» (partiendo del Páncrates de Luciano, *Philops.* 34 se analizan los medios greco-egipcios de alcanzar la condición de mago); M. Biraud, «Parcours initiatiques dans les *Merveilles d'au delà de Thulé*» (los esquemas iniciáticos estructuran la experiencia vivida por los tres personajes principales de la obra de Focio); D. Vazeilles, «Initiations chamaniques en Amérique du Nord, le cas des Indiens sioux Lakotas» (rituales de iniciación extática de estas tribus americanas).

El capítulo II —el escritor como iniciado y como iniciador— recoge dos trabajos sobre Hesíodo (M. J. Benejam-Bontems, «*Les Travaux et les Jours* d'Hésiode: un poème initiatique»; B. Deforge, «Hésiode: initiation et nom») y uno sobre el texto de Roger Caillois (M. L. Audin, «Métamorphose d'un mythe de châtiment en mythe initiatique: *Le rocher de Sisyphe* de Roger Caillois»).

En el capítulo III, sobre el lugar iniciático, figuran: C. Calame, «Prairies intouchées et jardins d'Aphrodite: espaces "initiatiques" en Grèce» (el jardín como espacio de la iniciación en Grecia); H. Duchene, «Initiation et élément marin en Grèce ancienne» (el mar, pese a su estatuto ambiguo entre lo salvaje y lo cultural, figura en las iniciaciones del mundo griego antiguo como se desprende, por ejemplo, de los viajes de Ulises); Ch. Goyens-Slezakowa, «L'initiation dans *Philoctète* de Sophocle» (la isla fue un lugar privilegiado de iniciación como demuestra el *Filoctetes* de Sófocles, que se desarrolla en Lemnos); R. Buxton, «Le centaure anglais: l'espace initiatique dans *Henry IV*, de Shakespeare» (iniciación del príncipe Hal en el barrio londinense de Eastcheap para llegar a ser rey).

El capítulo IV —parodias— comprende dos trabajos sobre Aristófanes (M. Menu, «Philoctète: une initiation de la vieillesse dans les comédies d'Aristophane?»; M. L. Freyburger, «Aristophane: l'initiation dévoilée et parodiée») y uno sobre la iniciación del héroe Jaufré (G. Gouiran, «L'initiation dans le *Roman de Jaufré*»).

El V y último de este segundo volumen —la iniciación, hoy— lo integran los estudios de H. Agel, «Le rite d'initiation dans le *western*»; M. J. Bataille, «Initiation et psychanalyse»; S. Vierne, «Le mythe initiatique aujourd'hui».

Una síntesis final y una bibliografía, acompañada de índices cierran la obra dedicada a un tema, sin duda complejo, por el que se interesó no sólo la literatura de la Antigüedad (sobre todo griega), de la Edad Media, o del Siglo de Oro español, sino también la historia, la iconografía o las inscripciones de épocas y culturas diversas. Ese «encuentro» en torno a un mismo tema es el aspecto que, por encima de cualquier otro, merece la pena subrayarse de esta publicación.

SANTIAGO MONTERO

ALVAR, JAIME, CARMEN BLÁNQUEZ y CARLOS G. WAGNER (edd.).—*Héroes, Semidioses y Daímones*. Primer encuentro-coloquio de Arys. Jarandilla de la Vera, diciembre 1989. Madrid, Ediciones Clásicas, 1992, 510 pp.

Recoge este grueso volumen los trabajos, treinta, sobre religión antigua, grecolatina y cristiana, presentados en el I Encuentro-Coloquio sobre Daímones, Semidioses y Héroes, organizado por la Asociación Arys, con el fin de promocionar el conocimiento del Mundo Antiguo.

De un contenido muy variado, a pesar del título unificador que se ha dado a la publicación, es cierto que son mayoría los trabajos que tratan temas relacionados con héroes y santos cristianos, *daímones*, demonios y ángeles, así como dioses secundarios en las tres culturas, griega, romana y cristiana. Así, los títulos van desde «Elogio de sirenas: el espejismo del héroe», de Ana Iriarte, a «Abraxas. Magia y religión en la Hispania tardoantigua», de Francisco Marco Simón, pasando por trabajos como «La Serpiente guardiana en la Antigua Grecia. Mito y realidad», de Raquel López Melero, «La serpiente en la Antigüedad: ¿genio o demonio?», de Ana María Vázquez Hoys, «El héroe épico en la escena trágica de la ciudad democrática», de Domingo Plácido, «Los oráculos y sueños-visiones como vehículos de salvación en las novelas greco-romanas», de María José Hidalgo de la Vega, «Isis y Osiris Daímones (s. II y III d. C.)», de Jaime Alvar, «Demonología en Apuleyo», de Amado Jesús de Miguel Zabala, «El culto a los mártires: una herencia de la advocación mágica de los héroes», de Amparo Pedregal, más cuatro estudios sobre las *Passiones Hispanae sub Datiano praeside*, entre otros trabajos sobre el mundo religioso romano y cristiano, más que griego, que pueden dar una idea del contenido y problemática muy variados sobre los que se desarrolló este primer encuentro sobre aspectos religiosos en las culturas mencionadas.

En primer lugar, hemos de manifestar nuestra grata sorpresa por la misma publicación en sí, pues no son muchas las ocasiones que se nos presentan de leer en español trabajos sobre aspectos de la religión en la Antigüedad, y constatar el interés, que ya conocíamos, por estos temas entre los estudiosos de nuestro país. Dicho esto, como por otro lado suele ocurrir en este tipo de publicaciones, nos da la impresión, por los trabajos que hemos leído más detenidamente, por tocar aspectos más cercanos a nuestros conocimientos de la religión en la Antigüedad, que son los grecorromanos, que existe una gran desigualdad en los enfoques con los que se han analizado los distintos problemas, así como el rigor en los planteamientos y el tratamiento de las fuentes antiguas, a los que habría que añadir, en más de un caso, una insuficiencia bibliográfica, de origen alemán principalmente (por ej., L. Deubner, *Attische Feste*, Berlín 1932, para tratar el problema de fiestas del Ática, como las Arreforias), indispensable en algunos casos al tratar el tema religioso, a pesar de las abundantes notas y bibliografía muy rica, juntas, con las que aparecen acompañados algunos trabajos (por ej., el de Ana María Vázquez Hoys), de cuya necesidad dudamos, sin ser una práctica común en un trabajo de este tipo. Otros, sin notas, se acompañan de bibliografía. Los editores, quizá, podrían haber exigido uniformidad en la presentación (así lo hace, por ejemplo, uno de los editores, Jaime Alvar, en su excelente comunicación, en la que, además, elige siempre, acertadamente, al citar los términos griegos, la transliteración, no transcripción) que, en algunos casos, puede ir en detrimento de la valoración final del trabajo. Estamos pensando, por ejemplo, en el interesante estudio, muy bien planteado y documentado, de Raquel López Melero.

Es frecuente, además, en algunos de los trabajos, la falta de uniformidad, cuando se citan términos griegos, que se hace, sin razón alguna, unas veces en griego y otras en transliteración, en el mismo trabajo (*pareías* y *παρείας*, *deisidaimonía* y *δεισιδαιμονία*, *daímones* y *δαίμονες*, *hierós* y *ιέρός*, o *kístai* por *κίσται*) en el citado trabajo de López Melero; con

más faltas de las que serían de desear, θέγουσιν por θέλγουσιν, φόγγον por φθόγγον, etc., en el de Ana Iriarte, o con un Apolodoro de Rodas por Apolonio de Rodas en la misma autora. Los *daimones* (¿de la imprenta?) le han jugado una mala pasada, en un estudio, por lo demás, interesante y en su línea de investigación de la religión antigua. Tampoco parece que se pueda pasar por alto, en trabajos que ponen especial énfasis en las fuentes antiguas, que se cite, varias veces, a Ferécidas de Scyros para referirse a Ferecides de Siro (*Syros*) o Sirio, o a Crecops, varias veces, por Cécrope (Κέκροψ), Dionisio por Dioniso, Olimpia por Olimpiade, ο δαίμων por δαίμων, en la colaboración de Vázquez Hoys; *taphásmata* por *tà phásmata* (τὰ φάσματα), *Philoseudes* por *Philopseudes* o *De Iside et Osiride de Plutarco*, Cambridge, por *Plutarch's De Iside et Osiride*, Cardiff, etc., en la de F. Gascó; *Chytra* por *Chytrai* (αἱ Χύτραι οἱ Χύτροι, la fiesta de las marmitas, en el día 13 del mes Antesterión, tercero de las fiestas Antesterias) en el interesante trabajo de Domingo Plácido; o *hórama* o «visiones», por *hórama*, «visión», los oráculos o *khrematismós*, por oráculo, *khrematismós*, escritos correctamente en su fuente (Dodds), *mystes* (varias veces) por *mýstai*, *mystagogós* por *mystagogoí*, *Siryrix* por *Syrinx* o Siringe, ninfa amada por Pan, Artemisa por Artemis, etc., en la comunicación de María José Hidalgo de la Vega, la cual, al hablar de los protagonistas de las novelas grecorromanas, que estudia, quizá es muy tajante, en lo que se refiere a las griegas, cuando escribe: «los protagonistas de estas narraciones... se van transformando simbólicamente en *mystes* [es decir, *mýstai*] del culto correspondiente», al ser ésta sólo una interpretación, entre otras, sobre esas novelas griegas, que sigue, sobre todo, las teorías de Merkelbach, aunque ya antes resaltaron este aspecto religioso autores como Kerényi y Altheim, por ejemplo. Por lo demás, para evitar algunos de los problemas en las citas de los términos griegos en transcripción o transliteración, creemos que es útil tener en cuenta el libro de Manuel F.-Galiano, *La transcripción castellana de los nombres propios griegos*, Madrid, CSIC, 1961, donde señala, entre otras cosas, la diferencia entre transliteración y transcripción.

Resumiendo mucho nuestra opinión, no podríamos hacerlo de otra manera, dado el variado contenido de la publicación, que, al parecer, puede tener su continuidad en las *Actas del II Encuentro-Coloquio*, ya celebrado y cuya aparición desconocemos, diremos que se trata, en general y a pesar de los errores apuntados, de un trabajo de interés para los estudiosos de la religión en la Antigüedad, por los temas tratados, así como por el tratamiento, en ocasiones excelente, que reciben.

JOSÉ GARCÍA LÓPEZ

CALAME, CL. (ed.).—*Figures grecques de l'intermédiaire*. Lausana, Études de Lettres, 1992, 146 pp.

Semiótica y antropología histórica son las disciplinas en las que se basa la peculiar aproximación a las formas narrativas de la antigua Grecia que Claude Calame inició con su estudio *Les chœurs de jeunes filles en Grèce archaïque* (Roma 1977).

Tras esta destacada aportación, Claude Calame realizó ensayos tan reconocidos como *Le processus symbolique* (Urbino 1983) y *Le récit en Grèce ancienne* (París 1986), elaboró una edición comentada de los fragmentos del poeta Alcmán (Roma 1984) y publicó el volumen colectivo titulado *L'amore in Grecia* (Roma-Bari 1983), además de varios trabajos referidos a mitos griegos.

Tal es el prestigio del especialista que avala el libro que aquí presentamos: una investigación colectiva consagrada al estudio de «los sectores en los que las categorías modernas de identidad y alteridad coinciden».

Este explícito objetivo sitúa a los diferentes autores en la línea interpretativa de los helenistas que, desde hace algunos años, vienen revisando, si no la idea de que el pensamiento griego generaliza estableciendo una elaborada serie de parejas de oposición, sí el que dicho mecanismo sea sistemático y, sobre todo, exclusivo.

La oposición entre «lo mismo» —encarnado ante todo por ese ámbito político al que se concibe como «centro» del universo de la *polis*— y lo «otro» —es decir, las múltiples formas de alteridad entre las que pueden contarse tanto las mujeres, los esclavos o los extranjeros, como los dioses y los animales— no ocupa una posición tan privilegiada en el pensamiento griego como inducen a creer ciertos tipos de discurso.

Claude Calame se explica en un «Avant-propos» cuya concisión viene a compensar una extraordinaria brevedad. En él relativiza el supuesto radicalismo de la concepción griega de la alteridad de la manera siguiente: «Si el pensamiento polar, tan activo en Grecia, ha inducido a creer que las oposiciones reveladas por el análisis estructural tradicional disponían de un fundamento cultural, es hora de constatar que los griegos como mínimo evitaban pensar el mundo según los cánones de la lógica binaria».

Así queda expresada la idea conductora a la que se irán remitiendo los seis trabajos de «mémoire de licence» recogidos en el volumen.

«Figures du tyran archaïque: entre le monstre et le sage» es el primero de ellos e incluye un interesante examen de los empleos del término τύραννος, que, junto con la consideración de los rasgos esenciales de los emblemáticos Pítaco y Periandro, conduce a elucidar el valor simbólico de la figura del tirano arcaico. Un personaje paradójico —en cuanto que es percibido al mismo tiempo como extraño a la ciudad y como parte de la misma—, en el que Tucídides ve una forma de transición entre el régimen oligárquico y el constitucional.

En «Ambivalence, médiation, intégration: à propos de l'espace dans le drame satyrique», se revisa la idea —difundida a partir de Vitrubio— según la cual el espacio bucólico del drama satírico representa lo exterior, lo alejado, con respecto a esa esfera de la identidad simbolizada por los palacios de la tragedia y las casas de la comedia. Una revisión que se lleva a cabo subrayando que el carácter «décentré» del espacio del drama satírico no lo convierte tanto en un ámbito de alteridad, cuanto en espacio mediador entre el de la alteridad y el de la identidad. La propia figura de Dioniso servirá para dar cuenta de este carácter ambivalente del espacio satírico, así como de su integración en el espacio cívico.

La aportación del propio editor de este volumen lleva por título «Espaces liminaux et voix discursives dans l'*Idylle* I de Théocrite: une civilisation de poète», y, desde la declaración de principios metodológicos con la que se le da comienzo, se encauza en la perspectiva enunciativa. Una perspectiva que, como el autor recuerda, propone partir de lo que la propia materialidad del texto sugiere para aproximarse tanto a las circunstancias socio-históricas en las que se origina como al tipo de público al que se dirige. A partir de estos principios Claude Calame se centra en el análisis de las diferentes voces discursivas reunidas en el poema de Teócrito, del que también se presenta una traducción revisada.

El artículo titulado «Entre exotisme et héroïsme: les celtes de Posidonios», aborda la «reseña etnográfica» sobre el pueblo de los Celtas que con tanta precisión realiza el estoico Posidonio de Apamea. En ella el filósofo se desvía de la visión canónica que dividía el mundo entre griegos y no-griegos, imponiendo su concepción de la humanidad como única. Ciertos comportamientos celtas son percibidos como semejantes a los griegos y si el filósofo se sorprende, e incluso rechaza, determinadas costumbres exóticas, éstas nunca se presentan como la prueba de una distancia infranqueable entre las dos civilizaciones.

Por último, en «Les détournements homériques dans l'*Histoire vraie* de Lucien: le raptiement d'une tradition littéraire», se señala la ambigüedad del lugar ocupado por los poemas homéricos en la crítica a los relatos mentirosos expuesta en *Verae historiae*, una

obra en la que Luciano de Samósata desprestigia al poeta griego por excelencia al tiempo que rivaliza con él.

Tales son las heterogéneas figuras de «l'intermédiaire» que este volumen consigue enlazar bajo un objetivo común: señalar las limitaciones de la lógica binaria griega atendiendo a los aspectos intermedios.

ANA IRIARTE

VISINTIN, M.—*La Vergine e l'Eroe. Temesa e la leggenda di Euthymos di Locri*. Bari, Edipuglia, 1992, 195 pp.

Muestra notable de las investigaciones que, sobre aspectos muy diversos de la mitología griega, se desarrollan regularmente en la Universidad de Trieste, este trabajo, guiado por Ezio Pellizer con mano experta, da testimonio de un clima cultural en el que la semiótica de A. J. Greimas dialoga sin inhibiciones con la antropología histórica de L. Gernet. El tema de análisis lo constituye un singular relato, transmitido básicamente por Pausanias VI 6, 4-11 y que dio lugar a un αἴτιον de Calímaco (fr. 98 Pfeiffer), del que solamente se pueden recuperar las líneas más generales, acerca de un compañero de Ulises que, tras violar a una doncella de Temesa, ciudad de la Magna Grecia, fue lapidado por los indignados lugareños; convertido en δαίμων maléfico con apariencia de lobo, hizo sentir su venganza implacable, hasta que el oráculo de Delfos aconsejó a los acongojados Temesios entregarle anualmente una virgen. El siniestro tributo se prolongó durante más de siete siglos; finalmente, un púgil famoso, tres veces vencedor en Olimpia, Eutimo de Locros (personaje plenamente histórico, por otra parte), de paso por Temesa cuando estaba a punto de celebrarse la cruel ceremonia, se compadeció de la víctima y aguardó al monstruo en su propio τέμενος; luchó con él en singular combate y, tras vencerle, le arrojó a las profundidades marinas; luego, naturalmente, se casó con la doncella rescatada.

El primer capítulo del trabajo («Le fonti del racconto», pp. 9-39) analiza el texto de referencia (Pausanias) y lo confronta con las fuentes menores, no muy numerosas y, en general, exasperantemente parcas en datos: Calímaco, Estrabón, Eliano, Plinio, los Parmiógrafos y Eustacio de Tesalónica. El segundo capítulo («La storia degli studi», pp. 41-58) permite observar, de un modo muy instructivo, cómo las claves de interpretación histórico-arqueológicas han sido sustituidas por las histórico-religiosas; éstas, a su vez, han cedido el lugar a los intereses mitológicos y narratológicos, no sin reconocer los derechos de la antropología. El resultado más conspicuo consiste en la refutación definitiva de las interpretaciones demasiado evemeristas o historizantes, frecuentemente propuestas en el pasado. El tercer capítulo se consagra mayormente a una discusión textual: a saber, si a partir del corrupto † λυβαν τα επί † de Pausanias hay que leer Λύκων, etc. (con la práctica totalidad de los editores modernos del Periegeta), o bien resulta preferible restituir Ἀλύβαντα, como proponen ciertos eruditos, basándose en la *Suda*. El debate no llega a conclusiones definitivas; pero me parece curioso observar cómo los filólogos suelen acoger la primera lectura, mientras que los estudiosos de religión y mitología se inclinan mayoritariamente por la segunda. Del siguiente capítulo («L'“eroe” malvagio», pp. 75-107), me parece encomiable, sobre todo, la discusión acerca de los campos semánticos respectivos de ἦρωες y δαίμων. El capítulo VI («Lupi e licantropi nella trattatistica zoologica e nel bestiario mitico», pp. 109-121) lleva un título suficientemente explícito; resulta lógico, pero lamentable, que Visintin no haya podido conocer y explotar el trabajo de N. Palomar, *Aspectos del lobo en el mito y el ritual griegos*, Tesis de licenciatura inédita de la Universidad de Barcelona, 1980. El capítulo VI (pp. 131-51) plantea la cuestión auténticamente decisiva: ¿por qué una

cultura como la griega se permite fabular sobre el hecho de que una doncella degollada (el sueño transgresor, del que ha hablado Nicole Loraux, de la sangre virginal que se derrama sobre el ara) aplaca la ira de un ser monstruoso y hostil? Aunque quizá las cosas no sean tan nítidas; la propia Visintin tiene que reconocer que la imagen licantrópica conjurada en el capítulo anterior sólo resulta hasta cierto punto aplicable. El lobo depredador, que ejerce su sanguinaria tarea «tramite lo sgozzamento», ofrece una figura ciertamente próxima a la del sacrificador; pero a lo largo de todo el drama de Temesa la terminología sacrificial (σφάζειν, θύειν) es evitada en todas las versiones. Esta ausencia, este silencio no pueden dejar de ser significativos; sin embargo, no reciben una explicación satisfactoria. Quizá para compensar esta carencia, el libro se cierra con un análisis semiótico-narratológico de tipo greimasiano del pasaje de Pausanias que ha servido de texto de referencia (pp. 156-66). Siguen unas breves conclusiones (pp. 167-71).

Me permitiré una última objeción: la diferencia entre héroes «positivos» y héroes «malvados» (cf. p. 167: «... esempi di una eroicità negativa alla quale si oppongono le qualità di una eroicità positiva»), ligada, además, a un discutible esquema de valoración de las actividades atléticas, tratadas en términos a veces críticos, a veces «hagiográficos» (cf. pp. 31-39), me parece bastante inconsistente, y fruto de una asimilación apresurada de los múltiples análisis en torno a la condición heroica que, a partir sobre todo de Brelich y Fontenrose, se han llevado a cabo, insistiendo en su fundamental ambigüedad. Por lo demás, este pequeño volumen, de ágil y grata lectura, parece digno de todos los plácemes.

JAUME PÒRTULAS

#### IV. HISTORIA Y SOCIEDAD

BLÁZQUEZ, J. M.—*Fenicios, Griegos y Cartagineses en Occidente*. Madrid, Cátedra, 1992, 546 pp. + 59 figs. y 5 mapas.

El presente volumen es una recogida de artículos puestos al día en la bibliografía y con algunos añadidos del autor sobre la colonización fenicia, griega y cartaginesa en Occidente, colonizaciones que influyeron mucho en la formación de la cultura ibérica. Es un acierto grande del autor la publicación en un solo libro de estos artículos, aparecidos en diferentes revistas a partir de 1969-1970 hasta 1991.

Los trabajos según su tema se agrupan en tres grandes apartados correspondientes cada uno de ellos a una de las citadas colonizaciones.

Interesa al carácter de esta revista los reunidos en el apartado II relativo a la colonización griega. El primer capítulo se dedica a una comparación entre la colonización griega en Iberia y en la Cólquide, regiones situadas en dos extremos bien distantes de la οἰκουμένη, pero que ofrecen algunos importantes puntos de semejanza. En ambas situaron los griegos una serie de leyendas de diferente carácter. Ambas eran ricas en minerales.

En el capítulo segundo analiza el autor el mito de Gerión y otros varios, localizados en Occidente por los griegos. El primero lo fue por Estesícoro de Hímera y los otros por autores de época helenística. Admite J. M. Blázquez que en la *Biblioteca* de Apolodoro se lee un resumen de la *Gerioneida* de Estesícoro.

La cultura ibérica no es nada más que la asimilación de una serie de elementos traídos por los tres pueblos colonizadores. Las raíces clásicas de la cultura ibérica se estudia en el capítulo tercero. La escultura ibera, procedente en su mayoría de Elche y Obulco, es la principal manifestación del impacto griego en el arte ibero. A este punto dedica J. M.

Blázquez dos capítulos. La escultura de Obulco (Jaén) la cree el autor de influjo focense, al igual que la del Levante ibérico, tesis de A. Blanco y de Langlotz; el autor es de la opinión de que en parte se debe a artesanos llegados de la propia Grecia, que dejaron discípulos en la región. Interpreta las escenas de lucha, al igual que las de *Illici*, como una especie de combates de gladiadores, no de origen itálico, citados con ocasión de los funerales de Viriato por Diodoro (XXXI 21a), por Apiano (*Iber.* 71) y por Tito Livio (XXVIII 21), con ocasión de describir las honras fúnebres que organizó en *Carthago Noua* en el año 207 a. C. Escipión el Africano en honor de su padre y de su tío, muertos pocos años antes, 212-211 a. C., por la traición de los celtíberos.

El último capítulo se dedica a un monumento funerario, el de Jumilla (Murcia), que es de influjo ático.

Otros muchos aspectos del impacto griego en la cultura ibérica se podrían haber tratado, como el alfabeto, las creencias funerarias, la posible penetración del culto dionisiaco (tesis de R. Olmos), etc., pero los puntos tratados por J. M. Blázquez son suficientes para indicar que el impacto griego en Occidente fue grande, aunque no tan fuerte como en Etruria. El libro va bien ilustrado.

J. CABRERO

WISTRAND, MAGNUS.—*Entertainment and Violence in Ancient Rome. The attitudes of Roman writers of the first century A. D.* Gotemburgo, Acta Universitatis Gothoburgensis, 1992, 133 pp.

La obra que reseñamos tiene por objetivo fundamental el análisis de las actitudes, por parte romana, hacia las diversas clases de diversión con respecto especialmente a las formas violentas de la misma. El período cronológico elegido se centra en el siglo I, basándose fundamentalmente el estudio en los textos de los diversos autores clásicos, como Juvenal, Marcial, Petronio, Tácito, etc.

El volumen está estructurado en cinco capítulos más las correspondientes conclusiones generales, y un último apartado en el que los principales resultados del estudio llevado a cabo son interpretados y discutidos en su contexto social. Por lo que respecta a los espectáculos en la arena, los primeros en ser examinados, se resalta su aprecio en relación a valores simbólicos, siendo considerados, en general, demostrativos de cualidades morales o virtudes en forma de fuerza y valor (*fortitudo*), firmeza (*constantia*), desprecio de la muerte (*contemptum mortis*), disciplina y entrenamiento (*disciplina*), deseo de ganar (*cupido uictoriae*), amor a la gloria (*amor laudis*), etc. Por su parte, los espectáculos con animales y las ejecuciones vendrían a ilustrar el poder divino del emperador (*numen Caesaris*) y su capacidad para mantener la paz castigando a los que se consideraba amenazadores de la ley y el orden.

Visión completamente opuesta a la anterior se expresa en relación a la *scaena*, por la que la mayoría de los autores estudiados presentan un criterio uniforme, vinculado, en el mejor de los casos, a una forma de *innoxia remissio* sin cualidades edificantes. En este sentido, la diversión que se representa en el escenario se concibe estando pensada para producir una cierta clase de *uoluptas*, considerada como contradictoria a la *uirtus*. Muy significativos al respecto resultan la serie de vocablos reunidos en relación al teatro como *fluxus*, *mollis*, *indignus*, *pudendus*, *dedecus*, *prauus*, etc.

Pero la crítica para con la *scaena*, que se hace patente en la mayoría de los autores analizados, es mayor que la que se refleja sobre los circenses. No obstante, y como bien se indica, no hay ejemplos de actitudes positivas hacia los circenses similares a aquellas

que muestran ejemplos de *uirtus*, demostrada en los espectáculos de arena. Los autores objeto de estudio contemplan este tipo de juegos con una cierta indiferencia, dando por sentada su existencia, siendo éste el principal motivo, para M. Wistrand, que explica la escasez de referencias al circo, especialmente cuando se comparan con las alusiones al teatro y la arena. Igualmente, las descripciones de las competiciones del *stadium* presentan un carácter negativo, aun cuando no de forma tan radical como las actuaciones de la *scaena*. La reprobación realizada en cuanto a los juegos del *stadium* queda centrada, según el autor de la obra, en tres aspectos fundamentales: en primer término, su inmoralidad frente a las tradicionales ideas romanas de *uirtus*; en segundo lugar, su carácter foráneo, y en tercer y último lugar, su carencia de utilidad.

Finalmente, unos índices de materias, nombres, términos y fuentes, respectivamente, vienen a cerrar esta obra, que contribuye a mejorar nuestro actual conocimiento sobre el papel de la diversión en la sociedad romana, concretamente para la etapa del siglo I, a través de las distintas valoraciones y visiones que proporcionan los autores de la época.

G. CARRASCO SERRANO

## V. VARIA

*Pentecostalia. Bundel ter gelegenheid van de vijftigste verjardag van HARM PINKSTER / Munuscula ARMINIO PENTECOSTAE quinquagenario a discipulis oblata.* Amsterdam 1992, 104 pp. + VI en fascículo insertado.

Reúne este pequeño libro once contribuciones escritas en holandés en homenaje al conocido catedrático de lingüística latina de la Universidad de Amsterdam, autor, entre otras cosas, de la conocida *Sintaxis y Semántica del Latín* (última edición: Londres, Routledge, 1990). El título del volumen, *Pentecostalia*, hace referencia a la vez, ingeniosamente, al nombre del autor —Pinkster es la versión neerlandesa de Pentecostés— como al motivo que justifica la iniciativa, el quincuagésimo aniversario del homenajeado.

El hecho de que el profesor Pinkster esté aún en plena producción científica y que, según se dice en la presentación del libro, los cincuenta años sean una edad demasiado temprana para hacer una revisión recapituladora de la obra de un investigador, justifican probablemente el carácter de homenaje restringido, casi familiar, que tiene este volumen, de impresión y edición particular y sin distribución comercial. Por este hecho precisamente y por la importancia y calidad de algunas de las contribuciones recogidas parece especialmente interesante dar noticia de él en esta reseña.

Aunque el contenido de las contribuciones es bastante variado y de diferente interés; sin embargo, la dedicación propiamente lingüística del profesor Pinkster se traduce en el hecho de que más de la mitad de los trabajos estén dedicados a esta tarea. Aquí sólo cabe un sucinto repaso por el contenido de los artículos.

Entre estos trabajos lingüísticos, el de G. Bakkum se encuadra en el campo de la dialectología itálica; en él se comentan detalladamente diversos aspectos de la lengua y el contenido de algunas importantes inscripciones latino-faliscas, de otras procedentes de diferentes lugares del Lacio y algunas subpicenas. Los artículos de M. Bolkestein y E. Vester se ocupan de dos puntos directamente relacionados con las investigaciones sintácticas de Pinkster y de la corriente teórica en la que se inserta la mayor parte de sus trabajos, la Gramática Funcional. En el primer caso, Bolkestein, partiendo tanto de sus propios estudios anteriores como de la *Sintaxis y Semántica del Latín* de Pinkster, muestra cómo los verbos

de amenaza (*minor*, etc.) y juramento (*iurare*, etc.) se comportan en latín, en tanto que introductores de construcciones subordinadas completivas, como *uerba dicendi*. Por su parte, Vester reconsidera el debate aún abierto sobre la clasificación del léxico verbal en función de sus implicaciones sintácticas —los estados de cosas—, para concluir que los rasgos léxicos [ $\pm$  télico] (= [ $\pm$  terminativo] de otras teorías) y [+ momentáneo] (= [+ puntual]) funcionan independientemente, cruzándose de forma libre; no habría razones, por tanto, para defender que la momentaneidad sea una subdivisión posterior bien de los predicados télicos (según proponían S. Dik, Pinkster o la propia Vester anteriormente) o de los no télicos (Rijksbaron); aunque convincente, la cuestión merece, sin embargo, mayor discusión, sobre todo en la búsqueda de pruebas diferentes de las que vienen usándose para profundizar en la clasificación de los predicados.

También en el campo lingüístico son interesantes las aportaciones de C. Kroon, R. Risselada y H. Dik, que se ocupan de fenómenos relacionados con el nivel pragmático del lenguaje y constituyen así un buen reflejo de los intereses recientes del homenajeado y su entorno científico. El trabajo de Kroon constituye una presentación sintética y casi programática de los presupuestos en que se desarrolla actualmente el estudio de las partículas, conectivas y adverbiales, en latín. Risselada muestra convincentemente sobre un pasaje de Plauto (*Asin.* 646-731) cómo los elementos sintáctico-pragmáticos que estructuran una conversación (partículas, léxico, registros lingüísticos) pueden ser utilizados como recursos cómicos. Por último Dik analiza el texto pseudo-jenofonteo de la *República de los Atenien-ses* tratando de demostrar cómo la elección y secuencia de tópicos y focos (temas / remas, etc., en otras teorías) contribuye a articular la argumentación ideológica y política del «viejo conservador» que debió escribir la obra.

Aún dentro del estudio de la lengua latina, pero desde una óptica metodológica, J. de Jong describe los procedimientos para analizar automáticamente por medio de ordenadores y sobre un *corpus* codificado el ritmo en la prosa latina.

De los cuatro artículos restantes, el de S. Renting es filológico en sentido estricto, pues discute las variantes *dicacitati* : *bibacitati* en Tácito, *Dialogus de oratoribus* 28-9, para poner finalmente como conjetura *hilaritati*, sin duda más coherente con el texto. Los otros tres trabajos pueden encuadrarse más bien dentro de los estudios de carácter literario: I. Genee estudia algunos fenómenos de traducción e influencias literarias entre el latín y el irlandés y entre éste y el holandés; S. Lenssen estudia ciertos pasajes de los libros XVIII y XX de Amiano Marcelino en los que, como una característica narrativa particular, el narrador y el protagonista de los sucesos narrados (él mismo) se diferencian y separan; J. Wisse, por último, tras comentar algunos curiosos casos modernos de errores inducidos por el uso de fuentes intermedias en la cita de bibliografía científica, se ocupa de las fuentes intermedias propuestas y rastreables en el *De oratore* de Cicerón.

El conjunto del libro, aunque reducido en extensión y con aportaciones sobre todo de detalle, constituye una buena maestra del excelente nivel actual de la histórica escuela holandesa de estudios clásicos y esto no sólo en lo que concierne a los campos lingüísticos, quizá los más conocidos en este momento fuera de su país, sino también al estudio y comentario filológico y literario de los textos griegos y latinos.

JESÚS DE LA VILLA

ANDERSEN, Ø., y H. WHITTAKER (edd.).—*The first five lectures. Papers from the Norwegian Institute at Athens*, 1. Atenas 1991, 86 pp.

Esta compilación de cinco artículos sólo agrupables bajo un epígrafe *varia* —dentro del ámbito de los estudios del mundo clásico— encuentra su unidad como reunión de trabajos realizados en el recién creado instituto noruego en Atenas. La presentación de este Instituto, llevada a cabo por Ø. Andersen a modo de introducción, es uno de los objetivos principales de este primer volumen, y quizá el de mayor interés para el lector que, sin estar directamente relacionado con ninguno de los temas tratados en los artículos, verá en ella una nueva fuente para los estudios clásicos, la arqueología y la historia cultural, que son las tres áreas con cuyos nombres se define el Instituto. Ø. Andersen relata la creación del Instituto noruego, fundado en Atenas en 1989 por las cuatro Universidades noruegas (Bergen, Oslo, Tromsø y Trondheim) «como reconocimiento noruego de sus raíces europeas» —en palabras del embajador noruego en Atenas, el Sr. Ibsen—, e informa sobre sus objetivos, sus proyectos de publicación, el estado actual de sus posibilidades materiales, y su estrecha relación con los institutos finés y sobre todo sueco de Atenas.

En el primer artículo de este compendio, «The Date of the Conversion of the Rotunda at Thessaloniki into a Church», Hjalmar Torp confirma la datación más temprana de las dos en disputa como fecha del momento de la conversión al cristianismo de la Rotunda que Galerio hizo construir, como parte de su palacio imperial en Tesalónica, hacia el año 300 d. C. El autor analiza los tres elementos generalmente estudiados para esta datación: los sellos de ladrillos, la escultura arquitectónica, y la decoración, motivos y estilo de los mosaicos, y distingue, como elemento importante para su argumentación, la existencia de un tercer período en la construcción, que por presentar gran parte de material reutilizado del segundo, no ha sido distinguido de éste. Rebate los argumentos de los que proponen una fecha tardía de la conversión, quienes se basan en la falsa adjudicación de los sellos de ladrillo al período identificado como tercero, y su equiparación con los de la muralla, erróneamente adjudicados al s. V, en la datación de la escultura arquitectónica en una fecha anterior a la real, siendo ésta del s. V y correspondiente al período tercero y no al segundo, y en la rica variedad de tipos fisionómicos, así como en argumentos *ex silentio*, en el caso de los mosaicos, que según el autor corresponden al llamado renacimiento teodosiano, un tipo de arte bizantino temprano y de carácter metropolitano.

Synnøve des Bouvrie pretende en su artículo «Helen of Troy: a symbol of Greek culture» señalar el interés de los mitos como símbolos de la cultura griega, a la vez que hace un replanteamiento de la definición de mito. Utiliza, como medio de estudio, el mito de Helena de Troya. A la definición más extendida de mito: cuento tradicional transmitido por generaciones anteriores y sin autoría conocida, añade la de Burkert como «cuento aplicado a una comunidad determinada» y analiza —descartándola— la de Burkert y Graf de que el mito es independiente de sus diferentes versiones. Según el autor, en el mito hay una función identificadora, basada en los elementos comunes que todo oyente reconoce, y una función simbólica en relación con la forma en que afecta a la imaginación y emociones de la audiencia. Precisamente lo que da vitalidad al mito es su flexibilidad a partir de argumentos tradicionales y la modificación de detalles particulares, que hacen que en cada caso tenga una función real, relacionada con una comunidad concreta, y que sea así símbolo de una cultura y elemento influyente en el orden social del mundo.

Erik Østby hace, en el artículo «The temples of Pallantion: archaeological collaboration in Arcadia», un informe de la última excavación de los templos dorios de Pallantion llevada a cabo por el Instituto arqueológico italiano de Atenas, pero bajo su dirección, y en el momento de la creación del instituto noruego en Atenas. Después de una introducción sobre

el interés del estudio del arte dorio en Grecia, tanto por lo que supone en la historia de este país y para el arte posterior, como por la escasez de material disponible, exceptuando el encontrado en la Magna Grecia, nos hace un relato del descubrimiento de los templos, de su origen e historia, empezando por la excavación inicial de 1940, ofreciendo un buen ejemplo de las vicisitudes propias de las excavaciones arqueológicas. A continuación hace la descripción de los cuatro templos de la acrópolis, seguramente pertenecientes al santuario de los «dioses puros» mencionado por Pausanias, ofreciendo intentos de datación, comparaciones con otros monumentos de la Arcadia y posibles influencias, y alude a una tradición arcadia en ciertos rasgos de la construcción, considerados hasta ahora distintivos de la Grecia peninsular, pero que sin embargo encuentran paralelos en los templos de Magna Grecia, dejando así abierta una nueva cuestión, la concerniente a este contacto.

Knut Kleve, en una conferencia titulada «Phoenix from the Ashes: Lucretius and Ennius in Herculaneum», después de una breve introducción al descubrimiento y contenido de la biblioteca hallada en las excavaciones de Herculano, dedica su interés a unos fragmentos papiráceos recientemente desenrollados siguiendo el método de Fosse, al que dedica algunas explicaciones a lo largo de su descripción. Se trata de fragmentos que contienen textos de los libros III, IV y V del *De Rerum Natura* de Lucrecio, y que reflejan, en contra de lo que se venía pensando, que Lucrecio tenía un peso especial en esta escuela epicúrea, y de un texto que en parte ha sido identificado como parte del libro VI de los *Annales* de Ennio, y en parte parece podernos proporcionar unos versos nuevos sobre la historia, tan tratada por los historiadores antiguos, del saqueo del templo de Proserpina en Locros por Pirro, y la consiguiente muerte de éste. Como conclusión, el autor dedica unas líneas a los problemas técnicos como base para el futuro del estudio de los papiros de Herculano.

Por último, el artículo de Per Jonas Nordhagen «Byzantine art and the West: the legacy of O. Demus», es una reseña del libro de 1970 de igual título de este autor, a la que se añaden en algunos casos observaciones provenientes del estudio del recensor sobre el mismo tema. El libro de O. Demus, quien se había dedicado de lleno a distintos aspectos del arte bizantino, especialmente a los mosaicos y frescos, es, según el recensor, fruto inmejorable de los estudios y observaciones que el autor y otros llevaron a cabo sobre todo en el período de entreguerras, y demuestra la influencia de Bizancio en el arte occidental del Medioevo, idea ya expresada anteriormente pero que no gozó de la atención merecida. No sólo se trata de una descripción del fenómeno, sino además de un análisis de las formas y el porqué de la influencia y de las oscilaciones en el interés de Occidente por el arte bizantino. Per Jonas Nordhagen dedica su atención al estudio de la exportación tanto de objetos de arte como por ejemplo los manuscritos iluminados, como incluso de artistas griegos, y a las razones principales de la adopción en Occidente de modelos bizantinos: razones técnicas como la superioridad en el arte, el gusto por el lujo, y la existencia de tradiciones grecolatinas en Bizancio, la ambición política reflejada, y la necesidad de encontrar una imaginería religiosa que se adaptara a las necesidades, es decir, que fuera comprensible y dispusiera de un código semiótico correcto que las artes nativas no tenían, aspecto al que el recensor da una importancia especial, que va más allá de lo señalado por el autor del libro.

Es de destacar la grata y útil profusión de ilustraciones en todos los artículos, y la presentación de una bibliografía selectiva en casi todos. Los asuntos tratados reflejan, como puede verse, la gran ambición de miras de este Instituto, abierto a cualquier estudioso del mundo clásico, y cuyas publicaciones están orientadas a lectores interesados en los más diversos aspectos de la Grecia y Roma antiguas.

MARÍA PAZ DE HOZ

*Ricerche plutarchee*.—A cura di ITALO GALLO. Università degli Studi di Salerno, Quaderni del Dipartimento di Scienze dell'Antichità, núm. 12. Nápoles 1992, 228 pp.

Un nuevo número, el duodécimo de la serie «Quaderni del Dipartimento di Scienze dell'Antichità», se hace eco de la actividad científica desarrollada por el Centro di Studi Plutarchei, cuyo primer objetivo es la reedición crítica completa y traducción, con comentario filológico y crítico-literario, del *corpus de los Moralia* de Plutarco. Proyecto que se lleva a cabo con la colaboración del Departamento de Ciencias de la Antigüedad de la Universidad de Salerno y del Departamento de Filosofía y Política del Instituto Universitario Oriental de Nápoles, bajo la dirección de los profesores Italo Gallo y Renato Laurenti. En torno a esta iniciativa se vienen programando y realizando una serie de seminarios plutarqueos, encuentros científicos, simposios, cuyos resultados son publicados en los volúmenes de los «Quaderni». En el volumen segundo se recoge un conjunto de interesantes contribuciones, bajo el título *Sulla tradizione manoscritta dei «Moralia» di Plutarco*, Salerno 1988, y en el sexto, *Contributi di filologia greca*, Nápoles 1990. El presente volumen está dedicado de nuevo a Plutarco, es un conjunto de estudios de carácter filológico y codicológico.

Lo abre un trabajo denso y muy importante y útil, «Ecdotica e critica testuale nei "Moralia" di Plutarco», del profesor Italo Gallo. Su experiencia como director del gran proyecto editorial y como autor de la edición de dos tratados —*De adulatore et amico* (1981) y *De gloria Atheniensium* (1992)— se deja ver en la visión crítica que da de la ecdótica plutarquea en los últimos cien años; es decir, desde las primeras ediciones de Plutarco realizadas sobre bases científicas: bajo los criterios lachmanianos, con examen y clasificación sistemática de los códices, hasta las últimas ediciones. Aporta, además de un examen crítico detallado de las ediciones fundamentales, los elementos básicos que todo editor de Plutarco, actualmente, ha de tener en cuenta, dadas las circunstancias de la transmisión textual de los escritos de este autor y las características de la lengua griega en la época en que Plutarco escribe. Además de la tradición manuscrita medieval (los códices más antiguos remontan al s. X) se han de tener en consideración las versiones siríacas (ss. VI-VII), la tradición indirecta y los papiros hasta el presente publicados.

El segundo estudio es «Testo e lingua nel *De Alexandri fortuna aut uirtute* plutarcheo», del profesor Giuseppe Giangrande, en aquel momento profesor de la Universidad de Londres, actualmente de la Universidad de Sassari (Italia), profundo conocedor de la κοινή y notabilísimo estudioso de Plutarco. Además de numerosos artículos tiene la edición de *Amatoriae Narrationes* en el *Corpus Plutarchi Moraliū*, donde se encuentra una bibliografía muy importante, en la que demuestra que Plutarco usa una lengua mucho más llena de elementos típicos de la κοινή que cuanto han pensado los editores modernos. Precisamente este desconocimiento les ha hecho cambiar injustificadamente el texto de los manuscritos, con el fin de presentar un texto a su gusto y no como Plutarco ha escrito.

En el presente trabajo lleva a cabo un análisis crítico-textual detallado de todos los pasajes del tratado (67 casos), *De Alexandri fortuna aut uirtute*, en los que el texto de Plutarco fue alterado innecesariamente por los editores modernos. En sus propias palabras: «Plutarcho ha ampiamente fatto uso di peculiarità che appatengono alla κοινή letteraria ed all'Atticismo: una volta ancora, vedremo que gli editori moderni hanno ad ogni piè sospinto deturpato il testo di Plutarco con congetture che si rivelano illegittime alla luce della nostra conoscenza della κοινή» (pp. 39-40). Entre las peculiaridades comentadas de manera convincente por el autor, podemos mencionar alguna: acepciones de vocablos desconocidas para los editores que si se acude a los diccionarios pertinentes se ve que son usos correctos de tales términos (334D, 335B, 336E), el empleo de Plutarco de metáforas implícitas

(337E); pasajes sintácticamente mal comprendidos por no conocer la tendencia de Plutarco y de la κοινὴ al «Subjektswechsel» (336F), al uso pleonástico de καί (337C), al empleo del *participium pro uerbo finito* (337D), a la omisión e hipérbaton del artículo (342F y 343D), etc.

Una vez más, se puede considerar este estudio como ejemplo del método a seguir en el tratamiento de los textos plutarqueos. Como principio, debe ser tomada una actitud conservadora en la constitución del texto. El respeto al *textus receptus* es una de las normas a seguir: los diccionarios, gramáticas, léxicos y usos de la lengua de otros autores de la época postclásica ayudan a demostrar cómo el texto de los códices es correcto. Lo he podido comprobar también en la edición del tratado *De Iside et Osiride* que yo misma he hecho y que se publicará en este año.

Las cinco últimas contribuciones son: «Note ad apparati critici plutarchei: il caso del *De Alexandri Magni fortuna aut uirtute*, or. I», de Annamaria d'Angelo; «Il *De Alexandri Magni fortuna aut uirtute* come espressione retorica: il panegirico», de Maria Rubina Cammarota; «Per una nuova edizione critica di Plutarco, *De esu carnium*», de Lionello Inglese; «Planude e il codice di Plutarco *Parisinus Gr. 1957*» y «Nota a Plutarco, *De defectu oraculorum* 438b», de Andrea Rescigno. Son trabajos todos serios, que tratan, a partir de los textos, con todo rigor filológico y detalle, temas de crítica textual (D'Angelo y el último de Rescigno), sobre la expresión retórica y un subgénero literario como el encomio (Cammarota), sobre la relación y valoración de los códices que transmiten un tratado (Inglese), sobre las características de un códice y su relación con la labor filológica de Máximo Planudes, que se puede considerar el primer editor de Plutarco (Rescigno). Todos ellos con aportaciones personales sobre el tema y muy documentados bajo el punto de vista bibliográfico. Sus autores demuestran sus grandes conocimientos e interés por los temas plutarqueos, como he podido comprobar en un seminario que les impartí en mayo de 1993. Aún tienen más mérito si se tiene en cuenta que sus autores son alumnos doctorandos de Filología Clásica de la Universidad de Salerno, excepto Rescigno, docente de la escuela superior con una mayor experiencia plutarquea. Estos jóvenes investigadores son un buen ejemplo de los frutos que ya están cosechando en la citada Universidad, debido a la atención particular que se está prestando a este autor.

MANUELA GARCÍA VALDÉS

## VI. RESEÑAS BREVES

TITO LIVIO.—*Historia de Roma. La segunda guerra púnica*. Tomos I, libros XXI-XXV (traducción de A. RAMÍREZ DE VERGER y J. FERNÁNDEZ VALVERDE), y II, libros XXVI-XXX (traducción de J. SOLÍS y F. GASCÓ). Madrid, Alianza Editorial, 1993, 542 y 536 pp.

Apenas 17 años —pero años decisivos— de historia romana (218-201 a. C.) dieron pie a Tito Livio para escribir toda su tercera década, que, afortunadamente, ha llegado completa hasta nosotros; y desde ahora la tenemos trasladada también a nuestra lengua (junto con las periócas de esos diez libros) por los profesores Ramírez de Verger, Fernández Valverde, Solís y Gascó en un estilo claro y elegante, con no poco de aquella misma elegancia literaria que caracterizaba al historiador de Padua.

Como corresponde a la editorial en que el libro se publica, va destinado éste a un público evidentemente culto, pero no estrictamente especialista. De acuerdo con este objetivo, la

introducción —que corre a cargo de A. Ramírez de Verger— es la adecuada: sintética, pero completa, sin dejar de hacer referencia —entiendo yo— á ninguna de las cuestiones esenciales que hay que abordar en un estudio filológico y literario (biografía, argumento, fuentes, estilo y estructura, concepción dramática, transmisión y recepción del texto). La bibliografía con la que se concluye es, asimismo, más que suficiente para una presentación del texto y de su autor.

De la traducción —en la que se observa, por cierto, una estupenda coordinación entre los autores, de modo que casi podría hablarse de unidad de tono y estilo, a pesar de tratarse de cuatro traductores distintos— no cabe hacer sino elogios, siendo tan literal como a veces es posible y tan libre como en otras ocasiones es necesario, según el consabido lema de la perfecta traducción.

Las notas, relativamente abundantes, cumplen perfectamente su función —en un trabajo de este tipo— de servir de mera aclaración al texto, proporcionando a veces alguna noticia adicional o referencia bibliográfica, pero sin convertirse nunca en excursos prolijos de inoportuna erudición.

Tres mapas y un índice de nombres propios hacen aún más útil y manejable esta extraordinaria versión de Livio.

VICENTE CRISTÓBAL

FERNÁNDEZ DELGADO, J. A., y J. UREÑA BRACERO.—*Un testimonio de la educación literaria griega en época romana: IG XIV 2012 = Kaibel, EG 618*. Badajoz 1991, 69 pp.

Con este libro, los autores se imponen la difícil tarea de volver sobre un texto antiguo ya editado y varias veces estudiado, con el fin de analizarlo en mayor profundidad de lo que hasta ahora se había hecho, y sobre todo, de tratar un aspecto fundamental al que no se había concedido la importancia que merece, el del texto como fruto de la educación literaria de época imperial. El poema, basado en el tema de las lamentaciones de Helio por la muerte de su hijo Faetón, está inscrito, con una dedicatoria en latín y dos epigramas en griego, en una estela funeraria de mármol erigida en Roma en honor del niño de once años Quinto Sulpicio Máximo, quien poco antes había tenido gran éxito con dicho poema en el quinto certamen Capitolino (94 d. C.). Además de la transcripción del texto, los autores presentan un extenso aparato crítico y la primera traducción del poema en español, que refleja de forma muy conseguida las peculiaridades estilísticas y de lengua del original. Para su análisis del texto como muestra de la educación retórica o literaria de la época, empiezan clasificándolo dentro de la maraña y variedad de ejercicios en que ésta se basaba, tal y como nos ha llegado a través de escasas muestras de los mismos. La conclusión es que se trata de una ἔθοποιία ὀρισμένων προσώπων, διπλῆ, μικτή, y correspondiente tanto al γένος τῶν ἀποτρεπτικῶν, como al γένος τῶν προτρεπτικῶν. Hacen un análisis minucioso de la composición estilística, los *topoi*, la métrica y la lengua para determinar el grado de participación en el mismo, por una parte, de las normativas de la enseñanza retórica y literaria, por otra, tanto de la poesía homérica y arcaica como de la helenística y la contemporánea al poema, y por otra de elementos típicos del estilo nonniano y de los ejercicios retóricos bizantinos tempranos ya presentes en este texto, demostrando la equivocación de los que habían sobrevalorado la influencia homérica y arcaica.

El comentario de este poema va acompañado de un apéndice que contiene otros testimonios de la educación literaria, por primera vez traducidos al español, con la excepción de la etopeya de Aftonio.

Como conclusión, los autores aprovechan para insistir una vez más en la necesidad del estudio en los cursos universitarios de este tipo de textos, y en general de los epigráficos y papiráceos, que por su carácter de testimonios directos revelan aspectos cotidianos del mundo antiguo, y no tienen las limitaciones de las grandes obras literarias seleccionadas por la transmisión.

MARÍA PAZ DE HOZ